

*Selecta*

*Amberly*

HERMANAS  
DAVENPORT 1

*La esposa perfecta*

VERÓNICA MENGUAL

Amberly, la esposa perfecta

Trilogía hermanas Davenport 1

*Verónica Mengual*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

*Tributo a las hermanas.  
No he echado de menos tener una,  
tengo al mejor hermano del mundo  
y dos cuñadas que son un tesoro.  
Pero si las hubiese tenido, las querría a ellas.*

## Prefacio

### DESDE EL PRINCIPIO

—La situación es muy desesperada.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes, Tiffany. —Su hermana era magnífica en señalar siempre lo obvio.

—Si lo sabes, dinos qué es lo que vamos a hacer —se metió la pequeña de las tres en la conversación.

—Lo único que puedo.

—¡No, Amberly! —saltaron sus dos hermanas a la vez.

—No hay otra. Mamá no está en su mejor momento, y en pocas semanas estaremos en la calle.

—Tal vez tengamos más tiempo, Amberly. Ese estirado lord podría... bueno, igual se apiada y no nos echa de nuestra casa —terció con esperanza Emily.

—Somos tres y mamá. Cuando llegue no dudará un segundo en vaciar la casa, incluso con el cadáver de nuestro padre aún caliente. —La hermana mayor era consciente de la carga que suponía tener a tantas mujeres bajo amparo.

—¡Dios mío, Amberly! ¿Por qué tienes que ser siempre tan directa? —se quejó Tiffany.

—Es lo que yo haría. Viendo fríamente la situación, el hombre que llegue no se hará cargo de nosotras. ¿Quién, en su sano juicio, se haría responsable de nosotras? Es dinero, es gasto... —Amberly era práctica. Sincera.

—Tal vez no sea así. Igual tiene corazón.

Emily era la más ingenua de las tres. Podría ser por su juventud, pero para la mayor de las Davenport, esos pensamientos de querer siempre ver lo mejor de las personas eran algo totalmente improductivo en esos momentos. Hasta la fecha no habían obtenido socorro, ¿qué sería diferente ahora?

—Cuando hay dinero de por medio y se es el heredero de un conde, tres mujeres, cuatro si contamos a nuestra madre, son problemas. Y no voy a esperar a que nos deje en la calle. No lo permitiré.

Amberly era la mayor y era su responsabilidad velar por la familia ahora que su padre, el conde de Dorset, había fallecido. Acababan de enterrarlo y no había tiempo, ni de luto, ni de

lloros. Su madre lloraría por todas. La pena de la matriarca era tal que Amberly le había tenido que dar un poco de láudano que guardaban para emergencias, a fin de ayudarla a dormir, para que descansase. Su madre ya tenía bastante con lo que estaba pasando como para pensar en el futuro o preocuparse de lo sumamente extrema que se había tornado la situación, porque precaria era hacía años.

Cuando sus padres se casaron, el desaparecido Dorset era veinticinco años mayor que su madre, Margaret, y la salud de él no fue nunca demasiado estable. Desde que contrajeron nupcias, él se esforzó en buscar un heredero. Tres hijas que se llevaban más o menos un año de diferencia de la mayor a la pequeña, había sido lo que él había conseguido antes de enfermar definitivamente. No había ningún varón para heredar la finca familiar y el título; todo, el dinero y las pocas posesiones que quedaban iban a pasar a manos de un primo, muy muy lejano que llegaría en pocas semanas, días incluso. El nuevo conde de Dorset, el abogado Phillip Long, llegaría en breve y las cuatro estarían en la calle, porque Amberly se negaba a pedir caridad a un desconocido del que estaba segura que no la recibiría.

El futuro inmediato de las tres estaba en el aire y era imperativo que ideara un plan. El tiempo corría, el heredero llegaría... más penurias, más hambre: la calle. No había otra solución que aceptar la propuesta del maldito y odioso señor Reginald Kinsley.

Ese hombre era horrendo, fastidioso, detestable y su peor pesadilla hecha realidad, pero no había otro recurso a su alcance a corto plazo. No era porque él no tuviese título por lo que ella lo desaprobaba, simpático no le era y siempre estaba menospreciándola. Llevaba tres años esquivando su propuesta de matrimonio, y su situación le hacía ahora mismo merecedor de sus atenciones. Era rico y era lo que sus hermanas y su madre necesitaban. Reginald Kinsley en estos momentos figuraba como uno de los mejores abogados de Londres, o eso le habían dicho a Amberly, pero es que era tan, tan aborrecible... que solo esa realidad tan desesperada la iba a hacer aceptar.

Tragó saliva al pensarse casada con él. Además, que no era para nada de su agrado. Bastante alto y delgado, con los ojos marrones. Desde que lo vio, únicamente le transmitió indiferencia. Ni le agradaba ni le desagradaba al principio, pero luego, conforme él iba haciéndole esos tontos comentarios con la clara intención de ofenderla, fue considerando que era uno de los hombres más estúpidos, infames y horrendos que se había echado a la cara. Odioso.

En un primer momento él se comportó con ella. A las dos semanas de coincidir en una fiesta, y sin haber hablado más que en una simple ocasión, el señor Kinsley se le declaró. Así, sin más. Todavía lo recordaba como si fuese ayer. Sí, de acuerdo que había matrimonios arreglados, como los de sus padres, en los que esposo y esposa no se conocían, sin embargo, Amberly quería... ¡quería más! Suspiró al evocar aquel recuerdo con el odioso.

Una propuesta del todo lógica. Él aludió que era su única opción, porque ellas tres no tenían dote, ni hermanos. Ella tenía que casarse, él buscaba esposa... pareció que estaba redactando un acuerdo en vez de estar haciendo una proposición. No había dote porque hasta el último penique

había sido gastado en la casa, ropa y comida. El abogado la había investigado, según ella dedujo, y se aprovechó de su situación para hacerle una oferta matrimonial que ella rechazó al instante, pensando que tarde o temprano encontraría a otro hombre que al menos fuese algo más romántico, porque aquella proposición era como un acuerdo de negocios y ella se sintió tremendamente insultada.

Verdad que el abogado no dijo nada que no fuese cierto, pues sin dinero y con el título ligado a manos de un primo lejano, pocas opciones tenía... Pero ¿quién iba a pensar que en esos tres años no encontraría a nadie más? Ella no era excesivamente bonita, pero sí resultona. Eso solía decir su padre. Un recuerdo de cariño se instaló en su corazón al recordar la bondad de Dorset.

El segundo año en el que se volvieron a encontrar, él la trató como a una vieja solterona que se quedaba sin tiempo. Le dijo, como quien dice que está lloviendo, que tarde o temprano ella acabaría cediendo. Amberly le contestó que ni muerta se casaría con alguien semejante. Fue brusca, dura, directa. Él se lo merecía.

Justo esa misma mañana Kinsley se había presentado en el funeral de su padre con su mejor traje para volver a pedirle que fuese su esposa. La furia que sintió casi la consume, porque no era ni el lugar ni el momento para que él volviese a insistir. Ella se contuvo por toda la gente que había a su alrededor, pero cuando él se acercó y le susurró al oído que acabaría siendo una mendiga si no lo aceptaba, entonces tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no saltarle sobre la yugular y terminar con su arrogante vida.

Y ahora mismo, con sus tres hermanas ante ella, Amberly solo podía pensar en que era su obligación salvar a la familia con su sacrificio.

—Amberly, ¿me estás oyendo? —La voz de su hermana mediana la devolvió al salón de la finca.

—Por favor, cuidado de mamá hasta mi regreso —pidió mientras se encaminaba a la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Emily.

—Necesito un poco de aire fresco. Se me cae la casa encima. —También era verdad.

—De acuerdo, pero no hagas nada descabellado.

—Por Dios, Emy, voy a dar un paseo —trató de sonar creíble—. Tiffany, en media hora, si no he vuelto, trata de despertar a mamá y que coma algo. Téntala como buenamente puedas, no le des patatas, busca otra cosa. Me preocupa su salud.

—Sí, lo haré.

Amberly salió del salón y, antes de partir hacia su destino, se paró para observar a sus dos hermanas. Era lo mejor que podía hacer; lo único, de hecho. Su suerte estaba echada.

## Capítulo 1

### UN ACUERDO

El calor era asfixiante ese día, pero Amberly no iba a quitarse la capa. Estaba de duelo y debía permanecer en casa vestida de riguroso negro y velando por su padre durante muchos, muchos meses. Que Dios la perdonase, pero ella no tenía tiempo para refugiarse en la pena y el dolor. Su padre no estaba. Ellas tenían que sobrevivir.

Llegó a la posada del pueblo. Con la cabeza baja y la capucha ocultando la mayor parte de su rostro pidió que la llevaran a los aposentos del señor Kinsley. La mujer del posadero la acompañó y la dejó frente a la puerta. Si la reconoció y juzgó, Amberly nunca lo supo.

Después de diez minutos parada ahí delante y sin atreverse a llamar, decidió darse la vuelta y marcharse. Tenía que haber otra solución que no la hiciese sentir que estaba vendiendo su alma al mismísimo diablo.

Justo cuando estaba dándose la vuelta, la puerta se abrió. La joven maldijo su mala ventura. Tomó una bocanada de aire buscando una fortaleza que no tenía y trató de emprender la marcha.

—¿Amberly? —preguntó él.

Ella únicamente pudo pensar en que ninguna de todas esas veces en las que le había insistido en que la llamase lady Amberly había surtido efecto.

—Señor Kinsley qué coincidencia —trató de sonar despreocupada. No lo consiguió.

—No creo en las coincidencias.

«Lo suponía», se dijo la Amberly.

—Disculpe, yo ya me marchaba.

Colocó su pie derecho delante del izquierdo.

—No, no lo creo. Pasa antes de que me eche atrás.

«¡Será arrogante y engreído!», Amberly se volvió a girar. Levantó la vista dispuesta a decirle que por ella se podía ir al mismísimo infierno y arder allí por toda la eternidad. Lo vio apartarse de la puerta, abrirla del todo para dejarle el paso libre...

Una solución mejor. Tenía que haberla, ¿no? Si se mostraban humildes, dóciles, agradecidas ante el heredero del título, tal vez él se ocuparía de las cuatro... ¿Ese primo lejano sería un buen hombre o un ogro como éste que tenía ahora mismo ante sí? ¿Y su madre? ¿Qué sería de su madre

si ella no se sacrificaba por su familia? Con el odioso Kinsley, su bendita madre, que siempre las había cuidado y amado, podría tener una vejez confortable y sus hermanas tendrían posibilidades de casarse bien. El abominable era rico y podría ofrecer una buena dote... además, era la mayor y sobre ella recaía entonces la responsabilidad de velar por la familia.

¡Pero es que era un sacrificio demasiado grande! Detestaba a ese hombre y estaba claro que él la odiaba a ella, entonces ¿por qué ese interés en querer casarse con ella? Esa mente maquiavélica seguro que había tramado un plan para hacerla pagar por cada una de las negativas que Amberly le había dado hasta la fecha.

¿En serio ella aceptaría esa condena hasta el fin de sus días con tal de evitar la pobreza a su madre y hermanas?

Amberly entró en la habitación con la cabeza gacha y tratando de mantener a raya las lágrimas. Tenía temperamento y una mente ágil, no obstante, nunca había herido deliberadamente a nadie y siempre se había preocupado por los demás, pero algo realmente malo debía haber hecho hasta la fecha para tener que cumplir con esa penitencia tan desmesurada.

Se armó de valor.

—Verá, señor Kinsley —comenzó con convicción—, yo... yo... —La perdió al segundo. No tenía ni idea de cómo continuar su justificación.

—Te dije que la desesperación te traería hasta mí.

—Aquí estoy, sí.

«Solo porque eres la única oportunidad que puedo darle a mi familia». Lo pensó, pero hizo bien en no decirlo.

—Quítate la capa, hace un calor sofocante y no quiero que te desmayes.

—Estoy bien.

—Haz lo que te digo.

Amberly tragó saliva. No iba a ser fácil ser una esposa dócil, pero ya que había llegado tan lejos, no podía echarlo todo a perder. El día de su funeral alguien cantaría las hazañas que ella había hecho para salvar a sus dos hermanas y a su madre. Al menos, eso esperaba...

Se quitó la capa. La dejó sobre la única silla que había en los aposentos de él. Había solicitado la mejor de las habitaciones de la posada. Amberly lo sabía porque era grande, austera, pero seguro que era la más cara y él pudo pagarla.

—Mírame, Amberly —le ordenó autoritario.

Ella enfocó sus ojos en los suyos. Tragó salvia y centró sus pensamientos en algo alegre para tratar de ahuyentar las lágrimas que pulsaban por salir.

—¿A qué has venido?

¿De verdad él le acababa de preguntar eso? ¿Y encima tenía la poca vergüenza de esbozar una sonrisa? Él no era odioso, era Lucifer reencarnado. La gente tenía razón. Su instinto había estado acertado desde primera hora con él.

—He decidido aceptar. —No quería ser una víctima. Su pecho se hinchó para mostrar un

orgullo que no debía tener.

—¿Aceptar el qué?

Él era el gato y ella el ratón. De eso no había duda alguna.

—Su proposición —dijo en un susurro apenas audible. El orgullo comenzaba a desinflarse a una velocidad alarmante.

—¿Mi qué? —preguntó mientras se llevaba una mano a la oreja para indicar que no la había oído.

—Su propuesta. —Elevó el tono tratando de aparentar tranquilidad.

—No recuerdo haber hecho ninguna.

Lucifer seguro que no era tan horrendo como este. ¡Encima se estaba riendo de ella! «Piensa en Tiffany, Emily y en mamá. Por ellas haces esto Amberly», se dijo a sí misma una y otra vez.

—Esta mañana usted dijo que viniese a verle en caso de acertar su proposición.

—¿Qué proposición, Amberly? No recuerdo nada.

¡Odioso, horrendo, detestable, maldito! Amberly se moría de ganas de escupirle todos esos calificativos que desfilaban por su cabeza.

—Su proposición de matrimonio. —La muchacha sabía que no estaba en posición de hacerse la ofendida o la superior.

—¿Matrimonio? —lo vio fruncir el ceño y negar con la cabeza—. Si la hubiese hecho lo recordaría, y no me suena nada semejante. No, no lo recuerdo...

—¡Basta! —Ya no pudo soportarlo más—. Esta mañana, durante el entierro de mi padre, cuando aún estábamos dándole sepultura, usted, señor Kinsley, se acercó a mí y me dijo que todavía mantenía su oferta de matrimonio. —Si él quería ser el gato, al menos ella sería un ratón duro. Dijo todo su discurso rápido y sin pausa. Amberly casi se atragantó con las palabras.

—Y tú dijiste que ni a las puertas de la miseria, la pobreza o la muerte te casarías conmigo. Jamás, dijiste.

—Evidentemente he cambiado de opinión.

¿Por qué tenía que jugar con ella de esa manera?

—Yo también.

—¿Tiene la poca cortesía de retirar su propuesta precisamente ahora, señor Kinsley? —Habló la furia.

—No, la retiré en el preciso momento en que dijiste que no me necesitabas y que preferirías enclaustrarte en un convento y ser una sierva de Dios, antes que pensar siquiera en compartir el mismo aire que yo respiro.

Por lo visto él también tenía su orgullo.

—¡Mi padre estaba aún de cuerpo presente! —le recriminó.

—Y ahora estáis las tres, cuatro, si contamos a lady Dorset, con un pie en la calle. Supongo que las cosas han cambiado.

—¿Qué quiere, señor Kinsley? —preguntó derrotada. Ella lo había humillado. Él se cobraría la

ofensa. Amberly debía pagar la pena.

—¡Ah!, veo que me conoces muy bien. —Era un hombre de negocios.

—Ojalá no fuera así —susurró de nuevo, pero él la oyó y se enfureció.

—¡Pídemelo!

—¿Disculpe?

Estaba loco de remate. Ella ya se había rebajado bastante. Un caballero no plantearía lo que ella pensaba que él quería...

—Pídeme que me case contigo.

Él no era un caballero.

—Esto es inaudito —bufó.

—Ahí está la puerta. Suerte cuando las ratas y tú os peleéis por un trozo de pan.

—Esto ha sido un error. —Estaba descorazonada. Humillada.

—Adiós, entonces —dijo él mientras se echaba sobre la cama con las piernas cruzadas y los brazos tras su cabeza en una posición totalmente despreocupada.

Amberly lo observó incrédula. La muchacha pensó que estaba en un mal sueño... ¿Tres años persiguiéndola e incluso visitando el pueblo para asediarla y ahora esto? Era una broma muy cruel o una venganza muy retorcida.

Amberly decidió que encontraría otra solución. Cogió su capa y se preparó para salir de la habitación. La deshonra había durado demasiado. Agarró el pomo de la puerta para abrir y, cuando lo hizo, se quedó blanca con lo que vio. Cerró de golpe y porrazo. Se dio la vuelta y lo vio de pie, a unos pocos pasos de ella.

—Usted gana. Usted gana, ¿quiere casarse conmigo? —dijo a trompicones y sin meditar demasiado. Estaba aterrada.

El hombre quedó muy extrañado e iba a preguntarle qué sucedía cuando unos golpes en la puerta centraron su atención.

—¡No abra, por Dios! —Amberly le suplicó con la mirada.

Él la miró pasmado. De nuevo, varios golpes exigentes sonaron para no dar tregua.

—He de abrir o echarán la puerta abajo. Métete bajo la cama. —Era evidente que no quería que la descubrieran ahí. Con él. En su habitación.

—No pienso meterme bajo la cama.

—No es mi reputación la que está en juego. Haz lo que quieras. —Kinsley sabía que no había otra forma de escondite ahí.

—¡Maldición!

—No es digno para una dama maldecir. No sé si tomaré en cuenta tu proposición de matrimonio, eres una deslenguada.

¿Encima él se tomaba el lujo de bromear?

En menos de tres segundos ella estuvo bajo el lecho y la puerta se abrió.

—¿En qué puedo ayudarla, milady? —preguntó cortés a la joven que se presentó ante él.

—Verá... esto... esto...

Ese hombre era un maleducado por no presentarse nada más abrir la puerta, pensó la muchacha.

—Señor Kinsley. Soy el señor Kinsley.

—Señor Kinsley, me ha parecido ver a alguien... —La curiosa estiró su cuello para tratar de inspeccionar mejor la habitación. Reginald abrió más la puerta para permitir la inspección.

—Si su deseo era el de acceder a mis aposentos, no debió inventar esa pobre excusa, no soy de los que dice que no a una mujer, y más si esta es tan bella y sugerente como usted, milady.

—Es usted un descarado. ¿Cómo se atreve a ofenderme?

—No he sido yo quien ha tocado a mi puerta tan insistentemente. Así que, si lo que desea es pasar, hágalo de una vez y divirtámonos, cielo. —Le guiñó un ojo para dar mayor énfasis.

—¡Habrás visto semejante... semejante...! Es usted un... un...

—En vista de que no quiere acceder y tomar la diversión que le brindo, cerraré ya la puerta o alguien podría verla intentando meterse en mi cama, y nunca me han gustado los engaños, porque parece usted, milady, una mujer que está tratando de poner una trampa a un hombre respetable como yo. ¿Aparecerá ahora su padre, su madre o, tal vez, una amiga que declare que me propasé para que nos veamos obligados a recitar nuestros votos en una boda rápida para evitar el escándalo? No, definitivamente no me atraparé, milady. Le deseo buenas tardes.

Así, sin decir nada más porque la explicación fue muy convincente, Reginald Kinsley se deshizo de esa muchachita que, a todas luces, había contrariado y asustado a Amberly. ¿Quién sería y por qué la mujer que se escondía en su habitación se puso tan pálida cuando la había visto?

Debajo de la cama, lady Amberly luchaba por no romper a reír. El odioso le había dado una lección a la otra odiosa. Solo por eso él había ganado una décima de punto con ella en ese mismo instante. Amberly habría dado su mano derecha por ver en esos momentos la cara de Loren, la perfecta hija del duque de Mildre, que siempre buscaba atacar a las tres hermanas. Si ella la hubiese descubierto ahí, los rumores y las mentiras que habrían salido de la boca de esa joven la hubieran condenado al ostracismo social. Además, Kinsley se la había sacado de encima de una forma magistral. Loren debió quedar pasmada.

—Ya puedes salir.

Con su humilde vestido de paseo totalmente arruinado y lleno de pelusas salió de debajo de la cama. Estornudó varias veces debido al polvo, ¿no limpiaban el lugar o qué? Si esa era la mejor posada del pueblo, no quería ni pensar en cómo sería la peor.

Amberly se acercó a la ventana para ver si la otra odiosa ya habría salido del establecimiento. ¿Qué haría ella en la posada? Unos pocos minutos después divisó a Loren, que se marchaba en un carruaje, y decidió que ya era hora de salir.

Pasó por su lado sin mirarlo dispuesta a olvidar lo que allí había sucedido. Volvió a coger el pomo de la puerta con su mano derecha, y por detrás le pasó, muy cerca de la oreja, un brazo —derecho también— que cerró la puerta con violencia. La joven se dio la vuelta para enfrentarlo. No iba a tolerar ni un desplante más. En una fracción de segundo se vio prisionera entre una puerta

maciza y un pecho masculino.

La furia la embargó y frunció el ceño para cantarle las cuarenta. Entonces lo vio sonreír y ella se enfureció muchísimo más.

—¡Oig..!

No pudo terminar la palabra porque él estaba asaltándola sin piedad.

Los labios de él eran suaves y estaban muy húmedos. Los sintió recorrer los suyos y una lengua invasora intentaba abrirse paso para colarse en su boca. Nunca la habían besado y su primer beso iba a ser con el abominable Kinsley. ¿Qué pasaría si ella abría un poco la boca?

Antes de acabar de pensarlo sus brazos estaban en el cuello de él y sus lenguas jugueteaban entre ellas.

«Esto no está nada mal», pensó la muchacha.

En un primer momento, cuando le hablaron de besos, consideró que intercambiar saliva con un hombre era algo asqueroso, pero lo que estaba sintiendo su cuerpo... Eso no era para nada desagradable, sino todo lo contrario.

Un gemido salió de su garganta. Amberly se sintió avergonzada por gemir con el odioso, y por más que quería abrir sus ojos y apartarlo, su subconsciente se había apoderado de su voluntad y era imposible no abandonarse a lo que él le estaba haciendo sentir. Era algo nuevo y muy placentero.

Oyó otro gemido. Eso ya no estaba bien, ella no podía estar todo el rato gimiendo de gusto por un beso del odioso, pero cuando oyó otro suspiro agudo supo que ese que acababa de oír, y el de hacía tres segundos, no habían salido de su garganta, de ella.

Lo besos se iban haciendo cada vez más violentos y Amberly comenzaba a necesitar... a necesitar... no lo sabía, pero algo muy poderoso y arrollador. Su cuerpo así se lo estaba transmitiendo.

—Esto no está bien —le oyó decir a él.

Kinsley trató de separarse de ella. Amberly no lo permitió. Inconscientemente, o no, hizo más presión con sus brazos para retenerlo frente a ella.

—Si no paras ahora mismo, Amberly, ambos acabaremos en esa cama ¿es eso lo que quieres? —Él estaba frenético, pero la razón se impuso. De puro milagro, pero se impuso en él.

La palabra cama la hizo soltar los brazos de su cuello y abrir los ojos. Cuando los separó de nuevo la furia la embargó con más violencia. ¿Desde cuándo reía él tanto? Y, lo peor de todo, ¿desde cuándo esa sonrisa tenía estrellitas que brillaban?

—Será mejor que me vaya.

—Sí —coincidió él con ella sin dejar de sonreír. Si Amberly no se iba, la cosa se pondría irremediabilmente indecorosa.

El hombre le quitó dos pelusas de su pelo. Fue la excusa perfecta para rozarle el cabello negro a la muchacha. Era tan suave y lustroso como lo imaginaba. Amberly enfocó sus ojos en los de él. Miel. Su color era miel, no marrón. Y ¿también veía ahí estrellitas?

—Será mejor que me vaya. —No lo había dicho antes ¿verdad?

Amberly se dio la vuelta para salir de la estancia a toda velocidad. Por tercera vez agarró ese pomo que se resistía a abrirle la puerta para poder marcharse y lo oyó:

—Lo pensaré.

Amberly se giró.

—¿Qué? —Seguía en una nube y su mente había dejado de ser ágil.

—Meditaré sobre tu proposición matrimonial, Amberly.

Un gruñido nada femenino salió de ella y de un portazo cerró, cuando al fin logró salir. Con golpe incluido pudo oírlo reír a pierna suelta tras la puerta.

Amberly estaba turbada, nerviosa, enfadada y, sí, excitada. Nunca nadie la había besado o tocado y, que precisamente el odioso Kinsley fuese el que la hubiera llevado al límite, la tenía muy seriamente preocupada.

Él era peligroso.

## Capítulo 2

### UNA BODA

Peligrosa para su cordura. Esos tres años de espera no serían nada comparado con lo que iban a ser las breves horas que faltarían hasta que se casase con ella. Por primera vez en mucho tiempo, la vida lo había bendecido verdaderamente. El señor Kinsley salió de la habitación de la posada dispuesto a ir a su casa para tratar de convencerla sobre los muchos beneficios que tendría si accediese al fin a ser su esposa. El tiempo se le estaba acabando y no podía permitirse más dilación o todo se sabría y su sueño al final no se cumpliría.

Abrir la puerta y tenerla frente él en la posada era el mejor golpe de suerte nunca recibido. Ni tan siquiera cuando ganó aquella partida de cartas en la que se embolsó una fortuna que le permitió invertir sabiamente y consolidar su patrimonio, fue tan grato como ese momento.

Siempre que la tenía delante, Amberly se mostraba altiva, seria, seca, severa e incluso a veces descortés, y ahora al fin él se había tomado la revancha. Sí, él había sido algunas veces cortante con ella, pero es que Amberly era imposible. Trató de agasajarla con flores la primera vez que se declaró y ella lo había mirado como si estuviese loco... Claro que estaba loco, ¿qué hombre se resistiría a esa piel de alabastro, y a esos ojos tan llenos de vida y de un color verde oscuro?

Lady Amberly Davenport era la hija de un conde sin descendencia masculina, y el título y las propiedades estaban ligadas a la sangre. La tuvo que investigar tras la primera negativa, porque ella no se le iba a escapar ni aun así él la tuviera que robar. El investigador de su despacho de abogados trajo unas noticias magníficas y lo premió con una buena recompensa. Ahora solo faltaba que nadie se le adelantase y que ella no descubriese el anexo del testamento del padre.

Comenzó una campaña de desprestigio contra la joven que se le fue de las manos sin querer. Sin poder evitarlo, claro. Pero la culpa no había sido entera de él, lo único que Reginald hizo fue quedar atrapado en las garras de ella. La encontró deliciosamente arrebatadora, seductora y con un carácter que al principio lo divirtió, hasta que, tras varios cortes, lo dejó queriendo la revancha.

Su campaña contra ella comenzó inocentemente, con un «¿qué fea es la mayor de las Davenport!» o «pobre del marido que tenga que aguantar a esa medusa», pero no sabía cómo acabó explicando a varios lores que ella siempre lo trataba mal porque realmente Amberly estaba

enamorada de él porque él la había rechazado...

Gracias al cielo ella no manejaba esa información y tampoco conocía lo del anexo testamentario. El tiempo corría en su contra. Reginald lo sabía. Tarde o temprano el pastel se descubriría y definitivamente él se quedaría sin su premio.

Llegar al funeral de su padre y soltarle que él era su única vía de escape para no acabar mendigando fue toda una osadía, pero ya daba igual porque al final, después de tres intentos de proposiciones matrimoniales fallidas, la iba a tener.

Lo que más le gustaba de ella era el temperamento que tenía. Era toda una fiera, siempre tan orgullosa. Cuando la retó a irse de su habitación y ella enfiló el camino hacia la puerta, saltó de la cama para pararla y arrodillarse en caso de necesitarlo, pero de nuevo la Diosa Fortuna le sonrió. Esa joven que no conocía y a la que él había despachado de la puerta de su cuarto, había conseguido que Amberly estuviese entre sus brazos.

La orgullosa Amberly se había venido abajo cuando vio que la muchacha la podía reconocer, e incluso le había pedido que se casase con él. La engreída hermana Davenport se había tenido que esconder debajo de su cama para evitar el escándalo.

Cuando la vio salir de debajo del lecho con el pelo revuelto deseó que ese estado se hubiese producido por otra actividad, concretamente sobre el lecho, y cuando de nuevo la vio tratando de huir de él, ya no pudo más que mostrarle que no tenía escapatoria. Él no había invertido tres años de su tiempo en ella para que ahora se le escurriese entre los dedos de las manos. ¡Ni loco la iba a dejar salirse con la suya!

Salió de la posada con su mejor traje rumbo a la vicaría en busca del pastor del pueblo. La boda iba a ser rápida, costase lo que costase.

—Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, milord.

—Soy el señor Kinsley, padre, y vengo por un asunto de extrema urgencia.

—Estoy para servirle a usted y a Dios.

—Necesito que me case inmediatamente.

—Hoy debe ser el día de las bodas. Otra pareja acaba de salir rápidamente y también manifestaba urgencia. No sé si será posible acceder a lo que me pide.

—Digamos que la muchacha tiene que casarse inmediatamente, no sé si me entiende... Un ministro de Dios tiene que hacer lo posible para que el asunto se arregle lo antes posible...

—¡Señor!, es un escándalo lo que me dice. —El hombre se quedó atónico. Dos de dos llevaba. ¿Qué pasaba hoy en día con los jóvenes? En su próximo sermón iba a hablar sobre los pecados de la carne y cómo ser fuertes para no dejarse arrastrar.

—Sí, lo sé, de lo contrario no estaría ante usted suplicando su intervención para arreglar un desastre que es, por entero, culpa mía.

Lo mínimo que podría hacer era absolverla a ella en su falsa declaración.

—Señor, se ve usted un joven educado. Listo. Debió ser más fuerte y mantenerse firme.

Kinsley suspiró, ¡lo estaba regañando por algo que solo había pasado en su mente! Ciertamente que soñaba con ella cada puñetera noche, pero aún no la había mancillado, aunque de esa noche no iba a pasar.

—Lo sé, padre, y estoy tan apenado que si usted me brinda su ayuda yo le ofreceré generosamente la mía.

—¿Y cómo lo hará?

En ese momento ya tuvo la atención del párroco.

—Espero que con mil libras pueda ayudarme con mi problema.

El hombre casi casi salta de alegría. El joven de antes le había dado quinientas, y ahora se iba a hacer con mil. Al fin, el techo de la iglesia se podría arreglar.

—¿No ha traído a la novia?

—Está demasiado ofuscada para salir de su encierro, padre. Me temo que habremos de ir por ella.

—No es lo habitual. —El de antes, al menos, la había traído.

—Lo sé, pero lo que sí he traído son las mil libras —dijo cuando le pasó la bolsa.

—¿Dónde hemos de ir?

—A la finca Dorset.

—¿Disculpe? —El buen hombre no podía creer lo que oía.

—Sí, me temo que sí, padre —atinó a decir cuando el hombre puso los ojos como platos—, y le agradecería que no sacase a relucir esta conversación, bastante cargo de conciencia tiene ya la dama y estoy seguro que, por unas pocas horas, Dios tendrá a bien perdonar nuestra... imprudencia.

El vicario suspiró.

—Supongo que es lo mejor.

—Gracias, y ahora, si me acompaña... hay una boda que debe officiar.

El señor Kinsley llevaba dos mil libras en el bolsillo y, al final, únicamente había tenido que invertir la mitad.

Sin lugar a dudas, ese era el día en que los astros se habían alineado y él iba a conseguir todo lo que se propusiera.

\*\*\*

En lo que le parecieron horas en vez de minutos, llegaron a la finca. Estaba tan cerca del premio que podía saborear el dulce gusto de la recompensa a su tenacidad, constancia y dedicación. Tres largo años, pero al fin ella iba a ser suya.

Llamó a la puerta. Nadie les abrió. Ambos entraron, el lugar estaba sombrío. No había apenas enseres, parecía una casa del terror. Esa gran mansión presentaba un aspecto lamentable. Mujer terca que no había aceptado antes ser su esposa... ¿qué tan mala racha habrían soportado las tres

hermanas? Se sintió culpable por no haber intervenido con anterioridad, pero si le prestaba dinero o se inmiscuía antes de que ella consintiera en ser su esposa, todo el plan y la espera no habrían servido de nada, únicamente esperaba que ellas no hubiesen pasado hambre.

—¿Hola? —preguntó cuando llegaron a lo que parecía el comedor.

—Señor Kinsley —dijo la mayor de las hermanas muerta de la vergüenza, por recordar el beso y el estado en que se encontraba todo—. ¡Oh! Padre Hopkins, qué agradable sorpresa.

—Sí, sí, vayamos al meollo de la cuestión, que hoy tengo misa.

—¿Cómo dice usted, padre? —preguntó Amberly con el ceño fruncido.

—A ver, ¿tiene los anillos, señor Kinsley? —Si tardaba en casarlos la iba a regañar muy duramente por la falta que había cometido. ¡Quién diría que esa familia perdería el norte tan rápido...! Y eso que el padre acababa de fallecer.

—Por supuesto —dijo el señor Kinsley.

—Pues vamos, que se hace tarde.

Amberly se giró para mirar a su hermana Emily, porque la otra había salido unos minutos después que ella y nadie en la casa sabía dónde se encontraba.

—Necesitamos dos testigos. Tu hermana será uno, pero nos falta otro, Amberly. ¿Hay alguien del servicio que nos pueda valer?

Tonto, era tonto por no haber considerado lo de los testigos ¿Y si no había nadie?

—Bernard sigue aquí —explicó Emily al ver que su hermana estaba muda con todo lo que estaba aconteciendo.

—Servirá. ¿Puedes mandarlo llamar, hermana? —pidió con una brillante sonrisa el futuro esposo.

En dos segundos el mayordomo, que llevaba diez meses sin cobrar y era uno de los que, junto con la señora Morrison, no se había marchado cuando se acabó el dinero, apareció para ejercer de testigo.

La ceremonia fue dicha, los votos fueron sellados y los anillos colocados. Cuando todo acabó, Amberly seguía con la boca abierta sin dar crédito a lo que se había prestado voluntariamente. Estaba segura de que su calvario iba a comenzar en breve. Esa sonrisa que por el rabillo del ojo veía en su ya esposo era un presagio de que algo se avecinaba y el escalofrío que le recorrió la columna, sentenció que ella no iba mal encaminada en sus suposiciones.

A la hora de rubricar su supuesto amor con un beso, Amberly se puso nerviosa. Esperaba no revivir los momentos de antes, lo de la posada, y a la vez lo esperaba con ansias.

El novio se acercó dispuesto a darle un beso, o eso pensó ella.

—Pídeme que te bese.

—No —dijo ella con un tono más alto del que había querido.

—A buenas horas dice que no —susurró el párroco.

—¿Ha dicho algo, padre? —Amberly no había apreciado la frase, únicamente oyó un murmullo.

El abogado lanzó una mirada de advertencia al vicario. Este decidió callar e improvisar.

—Un beso es lo que procede hija.

—Pídemelo o no te lo daré. —Él no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—No. —Ella, menos todavía.

—Bueno, bueno... haya paz, supongo que podemos obviar el beso después de lo que...

Una mirada severa del señor Kinsley lo hizo callar de nuevo.

Amberly se puso roja, ¿sería posible que ese hombre de Dios supiera lo que había pasado entre ellos dos en la posada? Ahora ella era una libertina que se dejaba besar por cualquiera y encima, el padre Hopkins, que la conocía de toda la vida, ¿estaba al tanto? Desde que entró en la casa la miraba con reprobación. Lamentó que Dios estuviese en todas partes y que se hubiese chivado de su comportamiento al cura.

—Como quieras, esposa —arrastró la última palabra.

—Debo irme, tengo trabajo que hacer. —«Contratar trabajadores para que el techo de la iglesia no se derrumbe con todos los feligreses allí dentro».

—Gracias por su ayuda. Le estaremos siempre agradecidos por su diligencia y discreción. — Señaló el abogado para tranquilizar la conciencia del hombre, porque empezaba a pensar que las mil libras no le contendrían por mucho más rato la lengua y acabaría estallando y recriminando a su mujer.

—Les deseo suerte. La va a necesitar —explicó el cura mirando al hombre. Amberly era una buena niña, o al menos lo había sido hasta ese momento en el que pecó, pero su temperamento era tolerado por pocos.

El cura se marchó, el mayordomo preguntó:

—¿Qué habitación debo preparar, milady? —se giró hacia su patrona.

—Yo creo que...

—Ninguna —la cortó él—, salimos de inmediato a Londres. Tengo trabajo que atender y debemos estar allí lo antes posible.

—No puede estar hablando en serio.

Acaba de comprender que su libertad había volado por la ventana en el momento de acceder. Amberly le pertenecía y no había vuelta atrás.

—Por supuesto que sí, querida —dijo con retintín.

—No puedo dejar a mis hermanas y mi madre aquí solas.

—Y yo no puedo dejar de atender mis negocios.

—Entonces parta usted, señor mío, que yo me quedaré aquí.

—Debes estar bromeando, esposa mía.

Decir al fin eso en alto era una satisfacción.

—Ni mucho menos —dijo manteniendo la sonrisa falsa que había comenzado a mostrar desde que él dijo que se iba a Londres, porque ella no pensaba marcharse.

—Oh, sí, lo harás.

—No, querido, no lo haré, ni en un millón de años me separaré de mi familia.

Emily estaba divertidísima observando la escena. Su hermana mayor estaba en problemas. Amberly siempre estaba criticando al odioso señor Kinsley, como lo había apodado la mayor de las Davenport, pero se veía que entre ambos saltaban chispas, y no era solo porque los dos eran tercios, sino que ahí había mucho más de lo que parecía. Decidió salir de la estancia con discreción. Los tortolitos iban a tener su primera pelea de casados y ella, a todas leguas, sobraba.

—Yo creo que sí. Eres mi esposa.

—No me iré y es mi última palabra.

—Supongo que el párroco no estará muy lejos de la casa. Lo interceptaré y anularé el matrimonio... —Comenzó a andar hacia la puerta. Era un farol, pero ella nunca lo sabría—. Tal vez sea lo mejor, no me gusta tener una mujer gruñona que se altera y no atiende mis peticiones como haría la perfecta esposa.

—¡Espera!

Amberly nunca vio la sonrisa de suficiencia que él esbozó y borró cuando se dio la vuelta.

—¿Síííí? —preguntó con falsa modestia.

—¿No podemos irnos mañana por la tarde?

—He de estar allí por la mañana sin falta.

Estaba trabajando en un caso de asesinato y la vista era a las doce. No podía delegar en nadie más. Ese hombre al que representaba era inocente y no podía dejar que lo colgasen. Bastante negligente había sido ya al pasar por delante de su deber su capricho por ella.

—Por favor. —Amberly Davenport no había suplicado ni cedido en su vida y ese hombre había conseguido lo imposible en ese día—. Has visto cómo está todo. Mi hermana Tiffany no aparece, mi madre está rota de dolor y Emily no está preparada para hacer frente a todo esto. No podemos irnos aún. —Trató de contener las lágrimas, pero en ese momento una logró escapar de su lagrimal y ella, apresuradamente, la limpió para que él no lo notase.

—Eres una mujer casada ahora, tu lugar está conmigo y yo debo estar en el juzgado mañana por un asunto de gravedad extrema. La vida de un hombre depende de mí.

—Yo soy responsable de la vida de tres mujeres. Una semana, por favor. —Para no haber dicho esa palabra, la estaba usando ya demasiado con él.

—Cuatro días.

—Cinco.

—Dos y seguiré bajando, así que piensa lo que vas a decir, esposa.

—Dos estará bien. —Tenía que ir acostumbrándose a que no ganaría nunca ninguna batalla con él.

—De acuerdo. Dos días, ni uno más, y vendrás a tu nueva casa. No huyas, no escapes porque te encontraré allí donde vayas. —Era una promesa.

Amberly jadeó... ¿Dónde iba a ir ella si no tenía donde caerse muerta? ¿No veía el estado de la casa? Poner comida en la mesa era toda una odisea. A base de patatas estaban subsistiendo. Hacía meses que no probaban la carne.

—No soy de las que huye, señor mío.

—De acuerdo. Mandaré a mi cochero pasados dos días. Prepara tus pertenencias para cuando él venga.

«Si no lo haces, te cargaré a mi hombro y yo mismo te llevaré a mi casa, a mi cama». Lo pensó, no lo dijo. Maldita fuera la Diosa Fortuna que lo había abandonado cuanta más falta le hacía. Dos puñeteros días sin poder disfrutar de su esposa. Deberían erigirle un monumento. Había pasado tres años de espera, suponía que dos días más no serían ningún sacrificio extremo. Kinsley aún no lo sabía, pero sí lo iba a ser.

—Entonces me voy.

Se dio la vuelta para salir de la casa porque, si se quedaba un minuto más, consumiría el matrimonio con los pantalones puestos y todo, porque el vestido que ella llevaba se veía fácil de subir y en un momentito él podía...

—Un segundo, esposo —¿Se iba y la dejaba así?

—¿He olvidado algo, esposa?

Se sintió violenta, pero se había casado, había hecho el sacrificio por dinero, para que a su familia no le faltase de nada y él, viendo el estado de todo, ¿se marchaba sin darle ni un penique? Consideró que no era el momento de ponerse digna.

—Necesito dinero, esposo.

—¡Ah! Supongo que una esposa, una correcta esposa perfecta y amorosa exigiría un beso de despedida de su recién estrenado marido, al que no verá hasta dentro de dos días, pero una mercenaria como tú pedirá aquello por lo que se ha sacrificado, ¿verdad?

La afirmación la hizo sentir mal, pero no era como si él no supiera por qué ella había aceptado su proposición. Si incluso esa mañana le había dicho que la desesperación la haría llegar hasta él... ¿por qué estaba tan ofendido? Además, no pedía joyas, ni carruajes, ni caros vestidos, el dinero era para abonar los sueldos que se debían y, sobre todo, para comprar comida. Estaban hartas de las malditas patatas. Huevos, pan, leche, un succulento trozo de carne... La boca se le hacía agua solo de pensarlo.

—Agradezca a mi desesperación que haya ganado una esposa. —Ella también sabía mostrar las zarpas.

El abogado apretó los puños y la mandíbula. Trató de serenarse, ¿qué esperaba? ¿Que la víbora dejase de escupir veneno y comenzase a venerarlo con besos? ¡Oh sí! Lo tuvo claro ahí mismo.

—Pídeme que te bese.

—No, creí haber dejado claro que no lo voy a hacer.

—Entonces me marcharé con esta pesada bolsa de dinero de regreso a Londres, será una pena... pero... —Comenzó a caminar hacia la puerta de salida otra vez.

—¡Espera!

—¿Síííí? —preguntó con más falsa modestia que la primera vez.

—Bésame —susurró.

—¿Has dicho algo, esposa? Con la edad estoy perdiendo audición.

—Vamos, no exageres, apenas tienes seis años más que yo.

El señor Kinsley quedó gratamente sorprendido. Él sabía que la joven acababa de cumplir veinte años, pero nunca imaginó que ella se hubiese tomado la molestia de averiguar nada sobre él. Era cierto que era seis años mayor que ella. Desde que la vio a los dieciséis años supo que tenía que ser su esposa y por eso le propuso comprometerse y esperar a que ella fuese más mayor. Él era aún joven para casarse, pues con veintitrés años que tenía cuando la vio por primera vez ya supo que no habría nunca ninguna como ella. Pero era tan orgullosa y testaruda como una mula.

—Si quieres el dinero tendrás que hacer concesiones. Has trabajado mucho para conseguirlo, pero tendrás que trabajar mucho más duro, te lo aseguro —dijo con un brillo en los ojos que Amberly no supo identificar.

—Bésame, señor Kinsley.

—Regi.

Sus allegados no lo llamaban Reginald, todos se referían a él como Regi y él estaba ansioso por acortar la distancia entre ambos. Si tenía que empezar por el nombre, que así fuese.

—¿Qué?

—Soy tu esposo. Me llamarás Regi a partir de ahora.

Amberly suspiró. ¿Concesiones? Un monumento le tendrían que erigir el día de su muerte, porque sabía que iba a tener que aguantar lo indecible con ese hombre. ¿Por qué demonios veía estrellitas cada vez que él sonreía?

—Regi, bésame.

—Tus deseos son órdenes, esposa.

Llegó hasta ella y la acorraló contra la pared más próxima. Pasó su mano derecha por detrás de su cuello para sostenerla. Su otra mano se colocó en su cintura. Amberly era de constitución ancha, como a él le gustaban, pero en ese momento mismo le pareció bastante deshinchada.

—Quiero que me beses tú a mí.

¿Es que su meta en la vida era contrariarla? Amberly se quedó con la boca abierta.

—Has dicho que querías que te pidiese que me besaras.

—He cambiado de opinión. Prefiero que me bese tú a mí.

«Espero que lleves bastante dinero en esa bolsa, porque de lo contrario...», pensó la joven.

Amberly acercó su boca a la suya. Rozó sus labios con los de él en un aleteo de mariposa. Le dio un tímido beso.

—Listo, ya está.

—He dicho que tendrás que trabajar duro, esposa mía, o no recibirás un penique.

—Maldición —susurró.

—No me gusta que maldigas.

—Y a mí no me gusta que me ordenen. Ambos tendremos que hacer concesiones.

—Como quieras. No soy yo quien se muere por comprar joyas y vestidos.

Amberly boqueó. ¿Joyas y vestidos? Así que la veía tan superficial... Genial.

La muchacha echó sus brazos al cuello. Le agarró la cabeza y tiró de él para llevar sus labios hasta los suyos. Comenzó a darle pequeños besos esperando que él tomase la iniciativa... eso no pasó.

—¿Suficiente, esposo?

—Te has ganado una libra. ¿Tienes bastante tú?

Suspiró y el aliento de ella le hizo cosquillas en la nariz. Amberly comenzó de nuevo. Cuando se habían besado en la posada él jugaba con su lengua... podría probarlo a ver... Sacó su lengua y comenzó a acariciar los labios de él, ¿por qué no los abría para dejarla entrar?

—No estás cooperando, Regi —se quejó ella y él se sonrió. Estaba logrando su objetivo.

—No lo estás haciendo bien y no me siento dispuesto a cooperar.

—Abre la boca para que pueda acabar con este teatro de una vez.

—Dame un beso que valga la cantidad de dinero que hay en esta bolsa —la sacó para mostrársela—, y entonces veremos lo que sucede.

—No sé hacerlo.

—No me pareció eso. En la posada te mostraste muy... receptiva.

—No me han besado antes y desde luego nunca he besado a nadie. ¿Qué clase de mujer te crees que soy? Soy hija de un conde y una mujer decente. No voy besándome con el primero con el que me cruzo.

—No me ha parecido demasiado decente que te metieras en mi habitación, que te escondieses bajo mi cama huyendo de... ¿una amiga?

—Loren no es mi amiga.

—...Y que me dejases saquear tu boca para mi placer —siguió él sin hacer caso a su observación. Evitó explicarle lo honrado que se sentía de que ella no se hubiese dejado besar por nadie, intentó no sacar pecho cuando supo que él era el primero.

—Como sea. No sé hacerlo.

—Aprende.

—¿Cómo se supone que he de aprender?

—¿Tocas el piano?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

Era un hombre exasperante.

—¿Lo tocas? —insistió en él en la pregunta.

—Sí. —Hacía años que no practicaba. No había instrumento en la casa. Se vendió.

—¿Cómo aprendiste?

—Practicando.

—Empieza entonces.

—Maldición —dijo por lo bajo.

—No maldigas, no es correcto para una dama.

—No soy una dama, ahora soy la esposa de un simple abogado —se arrepintió de haberlo dicho nada más terminó de enunciar la frase.

—De uno muy rico que te permitirá llevar los lujos con los que sueñas. Tal vez no eres lo suficientemente buena para cazar a un hombre rico y con título. Soy el único tonto que has encontrado, esposa. Habrás de conformarte, al igual que yo consentiré en estar casado con una arpía.

Regi se separó de ella. Amberly era única sacándolo de quicio. Él, que se vanagloriaba de tener una paciencia infinita, siempre la acababa perdiendo con ella.

Le tiró la bolsa de mala forma y ella la apresó ágil en sus manos.

—No te lo has ganado, pero es tuyo de igual modo. Supongo que puedes tomarlo como una recompensa por el servicio prestado esta mañana en la posada, pero no habrá más si no comienzas a ganártelo. He invertido en ti y pienso cobrarme cada uno de los peniques de mi dinero que gastes. Quedas advertida.

Salió de la casa sin mirar atrás. Ahora que él ya no estaba, se permitió derrumbarse. No iba a poder vivir con el odioso Kinsley ni aunque le cortasen la lengua. Amberly no tenía ni una pizca de sumisión en su cuerpo y él ansiaba una esposa correcta, dócil y que no fuese conflictiva; es decir, todo lo que no era ella.

—¿Qué le has hecho a tu pobre esposo? —Entró Emily, que se quedó sorprendida al verla derramando sus lágrimas. Amberly no había llorado ni en el entierro de su padre—. ¿Qué ocurre, hermana? —preguntó alarmada.

—He cometido el mayor error de mi vida, Emy.

—Vamos, vamos, Amberly. No lo creo.

—Estoy atrapada.

—No lo estás.

—Sí.

—Que no. ¡Si ni tan siquiera habéis consumado el matrimonio! Es demasiado pronto para que pienses así. Dale una oportunidad. Me gusta el odioso Kinsley.

—¿Eres un genio, hermana! —La congoja pasó a segundo plano.

—No me gusta la sonrisa que estoy viendo ahora mismo. Prefiero tus lágrimas, porque eran lágrimas, ¿no? Te lo pregunto porque nunca las había visto y no estoy segura de que lo fuesen...

—Voy a ser la peor esposa del mundo. Le sacaré todo el dinero que pueda y haré que pida la anulación... Es perfecto, brillante, Emy. ¡Tengo un genio por hermana! Eres un pequeño genio que me ha sacado del problema. —Le dio un sonoro beso en la mejilla—. Te quiero.

—No puedes hacer eso.

—Mírame. —Sacó la bolsa y comenzó a contar. Habría más de quinientas libras.

—¿Te ha dado todo ese dinero?

—Sí, Emy, sí, al fin podremos comer carne.

—Chocolate.

—Pescado.

—Pan.

—Leche.

—Sí, sí, todo, todo y lo comeremos esta noche para cenar.

—Rápido, llama al ama de llaves y que vaya a comprar, hoy haremos un festín.

—Tal vez mamá se anime. No quiere salir de la cama.

—Necesita llorar.

—No me gusta verla triste.

—Lo sé.

—¿Dónde se habrá metido Tiffany?

—Mira, hablado del rey de Roma... —La pequeña de las Davenport señaló la puerta.

—Hermanas.

—Hola, Tif ¿dónde has estado?

—Tengo noticias.

—Amberly también, te van a encantar —dijo riéndose—. Díselo, hermana mayor, dile con quién te has casado.

—¿Qué has hecho, Amberly?

—Lo que tenía que hacer, Tif.

—Dime que no ha sido el odioso Kinsley.

—Oh sí, el mismo, y no entiendo por qué lo llamáis así. A mí me gusta —señaló Emily, ella se hubiese casado con él de buen grado. Tenía dinero, era guapo y encima parecía estar enamorado de su hermana. ¿Qué problema tenían esas dos con el pobre abogado?

—Te gusta porque no lo conoces y no sabes lo odioso que es. ¿Por qué te crees que lo llamamos el odioso Kinsley? —Tiffany observó a su hermana mayor.

—No me gusta que lo llames así —saltó Amberly.

Ambas hermanas se quedaron mudas. La mayor lo notó y se avergonzó por haberlo defendido, y más cuando había sido ella la que le había sacado el sobrenombre.

—¿Qué? Es mi esposo, el hombre que nos va a alimentar y cuidar. No puedo referirme a él más así. —Le molestó ver a Emily sonreír y también se molestó cuando vio a Tif soplar y resoplar.

—No me lo puedo creer —señaló la hermana mediana.

—Pues es la verdad. Lo acabo de hacer, y ahora di qué novedades traías tú. ¿Tiene algo que ver con tu desaparición de todo el día?

Tiffany tragó saliva.

—La cerda de George ha parido y son unos pequeños precisos. —No era lo que tenía que confesar, pero era lo único que podía decir.

—¡Fabuloso! —Emy aplaudió— ¿Podemos ir a verla?

—En estos momentos no, pequeña, tenemos que ir a pueblo a comprar carne.

—Huevos. —A Emy le rugía el estómago.

—Pescado.

—Chocolate.

—¿Y cómo pensáis pagarlo? Hasta que no aparezca el heredero no podemos tocar un penique.

—Con esto, Tif, con esto. —Le pasó la pesada bolsa.

—¿El odioso Kinsley ya ha soltado dinero? —su hermana debe ser muy buena consumando el matrimonio, pensó al ver esa cantidad de monedas.

—No lo llames así, no me gusta que lo...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—, pero tendré que acostumbrarme a llamarlo señor Kinsley...  
¡Dame tiempo! Son muchos años refiriéndonos a él así, no puedo cambiar mis manías de la noche a la mañana.

## Capítulo 3

### SEÑORA KINSLEY

Los dos días pasaron más rápido de lo que Amberly hubiese querido. No habían parado ni un solo momento. Habían contratado a varias mujeres para que las ayudasen a limpiar y a adecentar las habitaciones que gastaban. También se habían provisto de leña para el invierno. Aún no sabían cómo continuaban con todos los dedos en su lugar. El anterior había sido fatídico, helado como el Polo Norte. Las mantas no servían para mucho y las tres dormían juntas para darse calor.

Compraron víveres y Amberly enseñó a Tiffany a administrarse. Ese dinero tendría que durarles hasta que ella pudiese enviar más. No podían malgastar ni un penique.

Su madre continuó encerrada en su habitación sin querer ver ni hablar con nadie. Ese día había comenzado a probar bocado. Era una buena señal. No le había dicho nada sobre su nuevo estado como mujer casada. No quería preocuparla más de lo que ya estaba.

Un pequeño baúl con dos de sus mejores vestidos y unos pendientes de perlas de su abuela era lo único que se llevaba con ella a Londres. Ni ajuar, ni nuevos vestidos, ni mucho menos caras joyas. Su alianza de bodas, un perfecto aro de oro, era lo único que la adornaba.

Subió al carruaje después de despedirse de sus dos hermanas. Estaba serena, llevaba dos días preparándose para descender a los infiernos y nada de lo que Amberly no hubiese imaginado podía ser peor.

En unas tres horas llegó a su destino. El cochero, amablemente, la ayudó a descender. Salió y se quedó admirando la casa con la boca abierta. Era una preciosa y lujosa mansión de cuatro pisos de altura, con ventanas luminosas, y en un lateral se podían ver las cuerdas. Se percató de lo injusta que era la vida: mientras unos pasaban penurias, otros vivían a lo grande.

Acababa de tener este pensamiento cuando un niño tiró de su falda. Tendría unos seis u ocho años. Estaba delgado y sucio. El corazón se le partió.

—Buenos días.

—*Oa señoa*. Deme *argo*, tengo hambre.

—Ven conmigo, pequeño. Entraremos y te daremos algo caliente para comer.

—Dios la *endiga*.

Amberly accedió a la mansión con un niño andrajoso y su tercer mejor vestido puesto. Su

esposo, impecablemente vestido, acompañado por otros cuatro hombres y cinco mujeres, salía de la salita de recibir para meterse en el comedor.

—No sabía que ahora dabas cobijo a los indigentes, Regi —señaló una de las mujeres mientras se reía.

—Si me disculpáis, tengo un asunto que atender. Por favor, pasad al comedor e ir acomodándoos, estaré en un minuto con vosotros, en cuanto averigüe qué es lo que quieren estos dos... —los repasó de arriba abajo— indigentes.

El grupo entró en el comedor cuchicheando y ella quiso morir allí mismo. Lo había avergonzado delante de gente distinguida, tanto que ni él mismo la presentó como a su esposa. Sintió un pinchazo en su pecho, ¿qué había sido eso? Nunca había sentido nada semejante, pero dolía. ¿Sería hambre?

—No sé qué estúpido juego vas a llevar a cabo, pero no funcionará. Sucia, maloliente y con un mugriento niño, ¿esa es la forma que tienes de presentarte ante tu marido? Me parece, milady, que no va a ganarse ni un penique más si esa es su forma de trabajárselo.

Amberly no pudo ni contestar ni defenderse de las acusaciones de su esposo. Era su mejor tercer vestido, ¿acaso iba a ponerse el mejor para venir en carruaje a Londres? Además, se había lavado esta mañana en el río por no gastar la leña que sus hermanas iban a necesitar. Hacía años que en la casa ninguna de las cuatro conocía lo que era el jabón de jazmín que tanto le gustaba o llevar un poco de perfume, pero se había adecentado lo más que pudo...

—*Seora*, tengo hambre.

—Lo sé pequeño, pero ya has oído al señor. Primero tomaremos un baño y luego comeremos, ¿sí?

—No gusta bañar.

—No te darán comida si no estás limpio. —«Ni a mí», pensó.

—*Etá bien, pué*.

Miró su retículo. Se había llevado dos libras con ella por lo que pudiera pasar. Se juró que le daría buen uso, y eso era lo que iba a hacer.

—Disculpe, señorita —llamó a la joven doncella que cruzaba el pasillo en ese momento.

—Soy Gladis, milady.

—Yo soy... —Estaba mortificada.

—La señora de la casa.

—No soy una indigente.

—Por supuesto que no, milady.

—Por favor, llámame Amberly.

—Como desee, milady, disculpe... Amberly, pero al señor no le agradecerá.

«El señor puede irse al infierno», pensó ella.

—Necesito que salga a comprar algo de ropa limpia para el niño, que mande a alguien a prepararnos dos baños y que luego le den de comer lo que haya preparado la cocinera. Sé que son

muchas peticiones... —Ella no estaba acostumbrada a mandar a nadie. Ella y sus hermanas llevaban años limpiado y ayudándose las unas a las otras.

—Es mi trabajo milady, perdón, Amberly.

—Gracias.

La doncella se llevó al niño, otra salió para hacer el recado y ella le entregó una libra y otra mujer más la acompañó a sus aposentos donde, en la recámara contigua, estaba preparado el baño.

Olía a jabón de lavanda y ella pensó que había muerto y había subido al cielo. ¡El agua estaba caliente y había burbujas de jabón!

Se quedó más de lo que debería en esa relajante bañera y, cuando sintió ya el agua más fría que caliente, decidió salir. Se envolvió en una toalla y cuando ingresó en la habitación vio a otra doncella deshaciendo su equipaje ¿Cuánto personal necesitaba un hombre soltero?

—Milady, ¿el resto de sus vestidos llegará en otro carruaje?

Amberly se puso colorada.

—No.

—¡Ah! El señor ha pedido que cuando esté decente baje a acompañarlo.

Su mejor vestido era algo con lo que seguramente limpiaban el polvo aquí las doncellas. Se había fijado en las mujeres que estaban con su marido, a cuál más elegante y sofisticada.

—¿Cómo te llamas?

—Mary.

—Mary, yo soy Amberly.

—Lo sé, milady, el señor nos avisó de que llegaba hoy y que todo tenía que estar en inmejorables condiciones para esperarla, ¿no lo está? —preguntó temerosa la sirvienta.

—Lo está, lo está.

—Espero que le gustase la lavanda, y que le guste el perfume de jazmín. El señor lo pidió expresamente para usted.

¿Su corazón se había estremecido? Algo cálido le subía por el pecho y la estaba ahogando. Colocó la palma de su mano derecha para agarrarse el corazón ¿Qué era eso que estaba sintiendo? Hambre. Tenía que ser hambre.

—Mary, necesito que seas sincera. No voy a enfadarme, ni a despedirte, ni nada malo te ocurrirá, ¿sí?

—Sí, milady.

—Amberly.

—Sí, Amberly.

—Mira —fue hasta la cama y le mostró su vestido—, este es el mejor que tengo ahora mismo. No es apropiado, ¿verdad?

—Lo es.

—¿Para que baje a comer con mi esposo y sus invitados?

La muchacha cerró la boca, la volvió a abrir y la volvió a cerrar.

—Lo sé, Mary, tranquila, sé que no es apropiado, pero no tengo nada más que ponerme.  
Se tapó la cara con ambas manos. Ni aunque le hubiese quitado algo de dinero a sus hermanas para hacerse un vestido decente hubiese estado listo en tal solo dos días.

—No se apene, Amberly. Podemos decir que ha tenido un viaje muy largo y que está cansada.

—¿Se lo creará? ¿Él lo creará? —preguntó esperanzada con la sugerencia.

—Habrá de hacerlo. No debe bajar si no tiene otra cosa para ponerse. Su esposo está con personas muy distinguidas. —Se permitió la libertad para realizar la sincera observación.

—Dios mío, Dios mío. Lo voy a avergonzar —dijo atemorizada.

—No se apene, Amberly. Mañana puede salir de compras.

—No tengo dinero, Mary.

—Su esposo la proveerá de lo necesario. Mire esta estancia... lo ha hecho todo por usted. Hace meses que se prepara para recibirla.

—¿Meses?

—Creo que años... Al fin está usted aquí. Creímos que moriría de pena. Oh, no debí decir eso, lo siento. —La muchacha supo que había cometido una indiscreción cuando su ama puso los ojos como platos.

—Está bien, Mary. No importa. Fui yo lo que pidió sinceridad, no es tu culpa.

—Gracias. Le subiré una bandeja de comida.

—Eres muy amable, Mary.

—Es un placer tenerla con nosotros al fin.

—Espera, Mary. El niño, el pequeño que ha venido conmigo... Que le den comida y le preparen una cesta para llevarla a su casa, por favor. Habrá más como él donde vive, yo pagaré lo que sea que cueste.

Sacó su última libra. El pequeño la necesitaba más.

—No tiene que pagar nada. Esta es su casa ahora. Milady.

—No tengo título ya, Mary. Si no te sientes cómoda usando mi nombre, dime señora.

—Como guste.

—Entonces dale la moneda al niño y dile que vuelva cuando necesite algo. Lo haría yo misma, pero no puedo arriesgarme a bajar y que me vean.

—Lo haré, señora. —Mary le sonrió. La señora de la casa era una buena persona. Era justo lo que su patrón necesitaba.

\*\*\*

Las horas pasaron y nadie subió con ninguna bandeja. El estómago comenzó a crujirle cada vez más seguido. Amberly debería haber desayunado más en su casa, pero quería dejarles a ellas los bollitos de canela. Para la noche, como tentempié antes de dormir, sus hermanas los podrían comer.

Oyó ruido en la calle y se asomó a la ventana. La comitiva salía de la casa de su esposo. Una de las mujeres se acercó a él para depositar un ligero beso en su mejilla. De nuevo sintió una punzada en el pecho, ¿estaría enferma? ¿Qué sería lo que le pasaba?

La punzada se repitió cuando la otra mujer dejó el brazo de su escolta y le dio otro ligero beso a su esposo ¡en los labios! Se agarró el pecho. ¿Tendría que ir al médico? No tenía dinero para consultarle. Todo lo que tenía se lo había dado al niño y las perlas no quería venderlas porque eran de su abuela. Ya se le pasaría.

Se quedó unos pocos minutos más mirando por la ventana. Londres era muy bonito. Desde que cumplió los dieciséis años no había estado. Llegó con su amiga Loren, cuando eran amigas, claro. Loren dejó de hablarles a las tres cuando supo que su padre estaba enfermo y que el dinero comenzaba a menguar. El conde de Dorset estaba demasiado débil y cansado para sacar dinero y ellas no querían preocuparlo. Se apañaron con lo que hubo y, a medida que surtía la necesidad, se percataron de que el dinero ya no les correspondía a ellas. Era del título, su padre no podía acceder a él al estar enfermo... ¡Qué injusticia!

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando la puerta de su habitación se abrió con violencia. Ella se asustó.

\*\*\*

¿Por qué Amberly no bajaba? Había sido claro cuando le pidió al servicio que le dijese que la estaban esperando para comer. Regi había invitado a lo más selecto de Londres, duques, condes, sus esposas y amantes. Él no era nadie para decirle al influyente duque de Preemor que no era correcto traer a sus dos amantes a la comida de presentación de su esposa. Más adelante haría un baile en su honor, pero una comida entre amigos era lo que se le había ocurrido para darle la bienvenida.

Y ella se presentaba así. ¡Aposta! Lo había hecho aposta. Con ese vestido viejo y andrajoso, y sucia. Ella había venido a su casa tal y como él había ordenado, pero iba a presentar batalla y el colmo de los colmos era que había entrado con un sucio niño. ¿Quería humillarlo? Él era el rey de los aleccionadores, su esposa era una pobre aprendiz a su lado. Si ella quería pelear, él iba a ser un digno adversario.

Salió disculpándose del comedor dejando a sus invitados solos con la intención de preguntar si su esposa estaba lista. Una de las doncellas más jóvenes le informó que la señora estaba indispuesta, que no iba a poder bajar a comer debido a la fatiga que había sufrido en el camino y que iban a subirle una bandeja. ¿Fatiga? ¡Y un cuerno! La posada estaba a media hora de su casa y ella llegó fresca como una rosa cuando se metió en su habitación. Era una excusa, quería contrariarlo y lo había conseguido. A Amberly no le hacía falta negarse a comer con ellos para enfadarlo, porque con su aparición de vagabunda ya lo había logrado.

—No le subáis ninguna bandeja a la señora.

—Pero, señor...

—¿No me has oído?

La mujer se quedó callada. El patrón nunca le había levantado la voz a un alma y jamás le había hablado como lo acababa de hacer. Ella bajó la cabeza. Él se sintió mal por haberla ofendido. Todo era culpa de su esposa. Mal trato había hecho. Debió olvidarse de ella tras su segunda negativa, pero cuanto más lo rechazaba más lo animaba a conseguirla.

Regresó al comedor y tuvo que aguantar las suspicacias de la ausencia de su esposa. Les dijo que seguramente el carruaje había tenido un problema y que no tardaría en aparecer. Finalmente, todos se fueron y él cada vez estaba más enfadado.

Lo mejor que podía hacer era irse a dar una vuelta y pensar con calma.

Regi no llegó a salir de la casa. No podía sencillamente callar más. Lo había hecho todo por ella, la decoración, las cosas que había comprado nuevas, más servicio para que todo estuviese a su gusto. Si hasta había contratado a un chef francés, como hacía ahora la realeza. En menos de dos minutos estaba estampando la puerta de la habitación de su esposa contra la pared.

—Te presentas sucia en mi casa, con un andrajoso niño, me avergüenzas delante de mis invitados y luego te niegas a bajar a comer con nosotros. Hice una mala inversión contigo, esposa. Es una suerte que no hayamos consumado el matrimonio porque estoy a un paso de pedir la anulación. Te aconsejo que no tientes más tu suerte o estarás viviendo debajo de un puente en menos que canta un gallo.

Amberly tragó saliva. El pecho le volvió a doler. Al final tendría que vender las perlas de la abuela para pagar a un médico, porque ahora ese pinchazo dolía como la muerte.

—Lo siento.

—¿¡De qué me vale a mí que lo sientas!? ¿Sabes lo que he tenido que aguantar? Las risitas de todos ellos porque mi esposa no se había presentado para la comida informal de su presentación. ¡No pienso consentir que me avergüences nunca más!

Volvió a tragar saliva y parpadeó para que no escapasen las lágrimas, tratando de borrarlas.

—No volverá a ocurrir.

—¡Por supuesto que no! Porque si te comportas como una niña malcriada yo seré el padre corrector. Hoy no comerás porque no has querido hacerlo con tu esposo. Recuérdalo la próxima vez, querida. Soy yo quien manda aquí. Tus caprichos de tonta y malcriada adolescente se terminan ahora mismo ¿¡Me oyes!?

Amberly quedó callada. Estaba ahogando los sollozos y por más que parpadease ya no podía evitar que las lágrimas saliesen. Alzó la cabeza para enfrentarlo y se limpió rápida las lágrimas. Era imposible ocultarlas, pero al menos mantendría el tipo ante Lucifer.

—¡Contesta cuando te pregunte, maldita sea! —volvió a gritar.

—Sí. —Le salió la voz temblorosa.

Si él no salía de allí en esos momentos ella se iba a derrumbar y tenía que ser fuerte y aguantar. Era el trato al que había llegado. Era la señora Kinsley. Él era un importante abogado y ella no

estaba a su altura.

Regi fue consciente del estado de su esposa a la segunda vez que ella subió la mano derecha para limpiar sus ojos. Esa vez, la punzada de culpabilidad le tocó a él sentirla.

Salió de la habitación sintiéndose miserable por hacerla llorar. Pero la culpa no era de él. Ella había jugado con él, y lo que había pasado su esposa se lo había ganado a pulso. Pensó que agasajándola conseguiría que... ¿qué esperaba conseguir de ella si Amberly le había dicho por activa y por pasiva que él sería el último hombre con quien decidiría desposarse?

El destino le estaba dando una buena lección que tal vez él se mereciera.

Llegó a su despacho y se sirvió una más que generosa copa de lo que fuera ese licor.

—Disculpe, señor —La muchacha había llamado a la puerta tres veces y, como él no contestaba, decidió entrar.

—No es un buen momento. Deberías salir de aquí.

—Aun a riesgo de enfrentarme a sus gritos señor, debo hablar con usted.

La franqueza de la doncella lo dejó perplejo, más que la franqueza, su valentía. ¿Lo había oído gritar a su esposa? Probablemente toda la casa lo había oído y, de nuevo, una punzada cursó su pecho.

—Habla.

—Verá, señor, su esposa decidió no bajar a comer para no avergonzarlo.

—¿Cómo dices? ¿Has visto el estado en el que llegó? Creo que me ha avergonzado cuando puso un pie en mi casa con semejante aspecto.

—Creo que no debería decirle esto, porque voy a romper la confianza de mi señora, pero no puedo callar, señor.

—Habla pues.

—Su esposa no tiene ningún vestido apropiado.

—Eso es una sandez.

—He desempacado sus cosas, señor. Ha traído tres vestidos y ninguno era apropiado para una reunión como la que había hoy.

—Es imposible. Le di dinero para que comprarse cosas.

—Tal vez no haya tenido tiempo de encargar los vestidos, señor, pero le aseguro que ella viaja ligera de equipaje.

—Mary, no la conoces. Ella lo está haciendo aposta. Se presenta aquí, con ese aspecto con el único motivo de presentar batalla y hacerme pasar por el aro. Algo que no va a conseguir.

—Eso no lo puedo saber, señor. Pero le aseguro que su esposa no tiene más vestidos y que al baile que ha planeado para mañana no va a poder asistir.

—Maldita sea. No debí casarme con ella.

—Ahora, con su permiso, le llevaré una bandeja con comida.

—¡No!

—Señor, he oído rugir su tripa tres veces desde que la dejé hace horas en su habitación. Ha

sido un viaje muy largo, está cansada y, si me lo permite, debe estar atemorizada.

«Yo misma lo estoy, porque no lo había visto así nunca, y seguro que su señora estará terriblemente avergonzada porqué la ha increpado a viva voz ante el servicio».

—Es una treta y no voy a dejar que se salga con la suya. No comerá si no quiere hacerlo conmigo.

—Como diga entonces el señor. Pero le aconsejo que vaya llamando a un médico, porque se acabará desmayando. —Esa mujer estaba muy desmejorada. La criada podía verlo.

—Eres una chica muy valiente o muy necia. Una palabra más y saldrás de esta casa sin tu salario y sin referencias.

—Lo sé, señor, pero esa mujer ha entrado con un niño de la calle, lo ha vestido, lo ha bañado, le ha dado de comer y lo ha regresado con casi dos libras a su casa.

—La recompensa por haberme hecho un desplante. Le ha salido barato pues, tendría que haberle gritado mucho más entonces y castigarla sin cenar tampoco.

—Usted la conoce más que yo, y no voy a discutir con el patrón que me da de comer. He pensado que debía usted saber lo que yo sé.

—Te agradezco tu franqueza, ahora, retírate.

—Señor. —Hizo una reverencia para salir.

—Súbele una bandeja con comida, pero no le digas que lo he permitido.

—Se hará como usted diga. —La muchacha sonrió. No se había equivocado con él, era un buen hombre y sabía que estaba enamorado de su esposa por más que él le hubiese gritado.

Tras la conversación con la doncella se quedó pensativo.

¿Ni un solo vestido? Tampoco ninguna joya había visto en ella.

«¿Qué coño había hecho con las mil libras?»

Estaba ofuscado. Necesitaba salir. Dejó la copa en su lugar sin beber ni una gota. De la casa iría a su club de caballeros para tratar de olvidar lo que había sucedido.

\*\*\*

Amberly se sentó en la silla cuando su esposo abandonó la estancia tras gritarle y reprenderla. El servicio al completo sabría ya a esas horas que ella era la peor esposa del mundo. Estaba segura de ello.

A los pocos minutos lo vio salir de la casa. La joven oyó unos pasos a su espalda. Ella no se había atrevido ni a cerrar la puerta de la habitación.

—Señora, su bandeja. Siento la demora.

—Gracias, Mary. —Así que ella era tan lamentable que hasta la servidumbre le tenía pena y le llevaban la comida a espaldas de su esposo—. Pero, por favor, llévatela, no tengo apetito.

—Debe comer y reponer fuerzas, señora. Si me permite la observación, Amberly, está muy delgada. La dejaré sobre la mesa.

¿Delgada? Era curioso que en los dos últimos días casi no había probado bocado. Tenían dinero y había comparado de todo, pero ella no quería gastarles la comida a sus hermanas y a su madre. Era de constitución grande, pero en ese momento, las curvas estaban muy desdibujadas, ya no era ni la sombra de lo que había sido.

No tocó la bandeja para nada, pese a que su estómago rugía como un león, no osó contradecir al ogro de su esposo. La anulación no podía contemplarse aún. No había llegado hasta ahí y callado dócilmente ante él para ahora echarlo todo por la borda.

Las horas pasaron y ella estaba allí en su habitación, castigada. Sus padres jamás la habían dejado sin comer o aislada en su habitación, pero su esposo consideró que era lo que se merecía.

La hora de la cena se hizo y su estómago resonó. La doncella entró en su habitación.

—Vengo a ayudarla a vestirse. El señor la espera en el comedor ya. Ha preguntado por usted.

—No tengo apetito.

—Señora, se lo suplico, debe bajar.

—No tengo nada apropiado que ponerme.

—Se enfadará y volverá a gritarle.

—Que lo haga.

En esas horas que había pasado sola y pensando en lo desdichada que era se había dado cuenta de que él se había tomado muchas molestias por casarse con ella y por traerla. Hasta había preparado una comida informal en su honor... Empezaba a pensar en que eso de la nulidad matrimonial era una treta de él e iba a comprobarlo.

—Se lo suplico, por el bien de todos. Póngase el vestido que me mostró esta mañana y baje con su esposo a compartir la cena.

—Te agradezco tu preocupación, Mary, pero he tomado mi decisión.

—¿Tampoco ha comido nada? —preguntó cuando vio la bandeja con todos los alimentos.

—No tengo apetito. —Su estómago rugió en protesta.

—Como desee, Amberly.

La doncella salió y ella se apresuró a cerrar la puerta con llave. Vio la otra puerta que conectaba con la habitación de su esposo. Corrió y también la cerró. Le pondría las cosas un poco más difíciles.

En menos de cinco minutos el pomo giró inútilmente.

—¡Abre la puerta, Amberly! —Golpeaba sin pausa.

Ella escuchó los gritos y se asustó. No debió enfadarlo, pero la culpa era de él por haberla hecho enojar primero.

Diez minutos de golpes y gritos sin parar fue lo que tardó él en ir a la otra puerta y comprobar también que estaba cerrada con llave.

—Pues muérete de hambre, esposa. No probarás bocado. Mocosa insolente y caprichosa. ¡No eres rival para mí!

Amberly estaba en la silla cantando suavemente. Quería concentrarse en otra cosa. De nuevo las

lágrimas asomaron. Había cometido un terrible error. Mejor hubiese sido que las cuatro se enclaustraran en un convento. Ella era fuerte, pero no conseguiría sobrevivir a su ira.

Se sintió un poco mareada y decidió acostarse a dormir. Por la mañana ya vería qué hacer. Además, dormir era la única manera de engañar al estómago, bien lo sabía ella.

## Capítulo 4

### UN NUEVO DÍA

Era hora de vender las perlas. Lo había pensado la noche anterior. Con el dinero que sacase regresaría con su familia. Una noche era lo que había aguantado en esa casa; por más que ella lo había intentado, él había conseguido alejarla. No podría convivir con el ogro Kinsley. Sí, le había cambiado el apelativo, no era odioso, era un ogro.

Como se durmió con el vestido puesto, no tuvo que arreglarse. Una vez que metió las perlas en una pequeña bolsita, con sigilo despasó la llave y abrió la puerta. Cuando salió tuvo que contener un gritito. El ogro estaba en una silla dormido en el pasillo, rodeado de un par de botellas de alcohol vacías. Típico de los hombres.

Pasó de puntillas por delante de él tratando de no temblar ni hacer ruido.

Consiguió llegar al borde de la escalera.

—Buenos días, señora, me alegro de verla —la saludó cantarina una sirvienta.

Amberly se dio la vuelta para buscarlo y él ya iba directo hacia ella. Hizo lo que sabía que tenía que hacer, salir corriendo escaleras abajo.

—¡Amberly, Amberly! —gritaba él a su espalda.

Trató de correr más rápido, pero estaba en desventaja. Los pantalones de él le daban mayor agilidad que su falda. Cuando alcanzó el último escalón de la escalera su vista comenzó a ponerse borrosa. Trató de llegar a la puerta de salida, estiró el brazo en busca del pomo, pero todo se volvió oscuro.

—¡Cielo santo! ¿Qué le ha hecho, señor? —preguntó el ama de llaves.

—No he hecho nada, señora Casidy. Se ha desmayado.

—Se lo avisé. Le dije que ella tenía que comer porque si no esto sucedería. —lo regañó Mary que estaba junto a ellos.

—Lo sé, Mary, lo sé, pero ahora no es momento de regañinas. Mande a Charles, que avise al médico de inmediato.

La levantó del suelo. Amberly no pesaba nada. ¿Qué le había sucedido? Hacía tres días ella estaba... sí la notó más delgada cuando la tuvo en sus brazos, pero ahora mismo no parecía ella. Se centró en sus ojos, por debajo estaban grises, ojerosos.

La llevó hasta su cama. Entonces vio la bandeja de la comida sin tocar.

—¿Qué has hecho, pequeña? ¿Estás tan desesperada por ganarme que prefieres morir de hambre? —Le acaricio el pelo. Parecía un ángel.

—Señor. Disculpe, pero hay un niño en la puerta preguntando por su esposa.

—¿Un niño? ¿Qué niño?

—Diría que es el mismo de ayer, señor.

¿Qué locura tendrían ahora ellos dos pensada? Bajaría y lo averiguaría.

—Señora Casidy, quédese con mi esposa. El médico no tardará en llegar. Si nota que empeora avíseme sin dilación.

—Sí, señor.

Bajó las escaleras y se quedó asombrado. El mocoso estaba limpio.

—¿Quién eres?

—*Engo a vé a la seora.*

—No puede atenderte. ¿Cuánto te ha pagado esta vez y qué tienes que hacer para molestarme?

—No sé qué habla.

—Ayer te pagó por entrar en esta casa.

—No, *seor*. Me dio de *coer* y me obligó a bañar.

—¿No te dio dinero?

—Sí, *peo* era *pa* mi madre y *pa* *comprá comia e* ropa.

—¿Y hoy qué te ha mandado hacer?

—*Quieo dale las gracias*. Es *mu* buena la *seora*.

—Ve a la cocina y que te sirvan el desayuno. Vuelve cuando necesites algo.

—Con el *diero coeremos* pan. *Gracias*. Ojalá me *puyera casá* con ella.

Regi suspiró, ese era el efecto que su esposa causaba en todos. Amberly era admirable.

—Anda, ve a comer.

—¿Le dirá que *quieo* casarme con ella?

—Es mi esposa.

—*Tene suete*.

—Lo sé pequeño, lo sé.

El médico llegó y él lo acompañó hasta la habitación, sin decir una palabra. Era lógico que hubieran ido a por ese doctor en particular. Cuando entró respiró tranquilo. Ella estaba consciente. Atemorizada pero lúcida. Él enfocó la vista en Amberly y ella apartó los ojos.

—Si nos disculpan, quisiera intimidad para examinar a la señora Kinsley —pidió el médico al ver que el marido no salía de la habitación.

—Creo conveniente estar al lado de mi esposa.

—Yo soy el médico y soy yo quien determina qué es o no conveniente, ¿de acuerdo, jovencito?

—Sí, señor. —Regi salió de la habitación.

—Bueno, bueno, al fin conozco a mi hija.

—¿Disculpe?

—Soy el padre de Regi. Lo sé, lo sé, te has tenido que conformar con un abogado cuando podías haber sido la flamante esposa de un gran médico... pero mi hijo no quiso seguir mis pasos. Era bueno con las finanzas y dejó la Medicina al poco de comenzar sus estudios. Hubiese sido un doctor grandioso, pero estaba empeñado en hacer fortuna. ¡Hijos!

—Es un placer conocerle, señor Kinsley.

—El placer es todo mío, señora Kinsley. Soy lord Sheridan, pero puedes llamarme papá. Siempre quise tener una hija, ¿sabes?

—¿Es usted lord Sheridan? ¿El conde?

—Sí, pequeña. Pero no le digas que te lo he contado, odia los títulos. Creo recordar que una vez se enamoró de una jovencita... hará tres años, y ella lo rechazó por no tener título. En mi opinión, mi hijo hizo bien en no sacar a relucir el título, pero creo que estaba muy enamorado y sufrió otros dos rechazos por parte de la dama, hija de otro conde... ¿cómo se llamaba? Dorset, sí eso era. Le aconsejé sacar a relucir el título para ahorrarse disgustos, ser un vizconde no está nada mal, pero mi hijo es muy cabezota y, por lo visto, la dama también —dijo con una sonrisa.

Sí, su esposo era hijo de su padre. Tenían la misma sonrisa.

—Sé que sabe que soy la hija de Dorset.

—Por supuesto que lo sé.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque viniendo hacia aquí he oído rumores de lo más escandalosos. Como que te grita, como que no habéis consumado el matrimonio... y la última novedad es que te has desmayado cuando tratabas de huir de él. Si el problema es el título, él lo tiene. Cuando yo falte serás condesa.

—Con todos los respetos, milord...

—Papá o James, no milord —la cortó él.

—James, lo lamento, pero padre ya tuve uno y... —se detuvo. No debería ser descortés con un hombre tan amable.

— ...No quieres deshonorar su memoria. Lo comprendo.

—Gracias. Como le decía, con todos mis respetos, el título me importa un bledo.

—Entonces tendrás que explicarme la situación, porque no entiendo nada.

—Su hijo me odia y yo creo que no voy a poder vivir con él.

—Te equivocas, un hombre que odia a una mujer no está tres años aguardando para que esta sea su esposa.

—Créame, James, él me detesta.

—Está enfadado, no sé qué habrá pasado entre vosotros, pero sí puedo adivinar que sois testarudos y que no va a ser fácil arreglarlo. Pensé que el título sería la solución. Me negué a pensar que mi hijo pusiese sus ojos en una mujer tan superficial, ahora veo que no lo hizo.

—Yo detesto los títulos y... bueno, es complicado.

—Siempre lo es. Ahora dime qué es lo que ha pasado. Veo un chichón en tu cabeza.

—Todo se volvió negro. Me desmayé y me di de bruces contra el suelo —explicó mientras se tocaba el bulto que iba creciendo en la frente.

—Diría que tal vez estás embarazada, pero teniendo en cuenta que mi hijo partió de tu casa hace dos días y que vuestras peleas son conocidas en todo Londres... no es probable. ¿O acaso no está consumado el matrimonio, pero sí hay posibilidad de que este viejo vaya a ser abuelo?

—Su bendito hijo, aparte de gritarme, no ha hecho nada más conmigo. —Sus mofletes se tiñeron de rojo.

—Habré de regañarlo, es un pecado tener a semejante belleza al alcance y no hacer nada para darse un capricho. No te sonrojes. Eres una mujer joven sana y acabas de casarte. Sois marido y mujer, nada malo hay en que él te desee y tú lo desees a él.

—Supongo que no. —Sí, ella lo deseaba, pero...

—Bien. Aclarado este punto, creo que tenemos un problema de salud.

—¿Me voy a morir? ¡No puedo morirme, mi madre y mis dos hermanas dependen de mí!

—Así que por eso te casaste con mi hijo...

—Es muy insistente, y yo estaba desesperada.

—¿Desde cuándo no comes correctamente? —preguntó examinando sus ojos.

—No he pasado hambre —mintió y su estómago rugió.

—Puedo oír la mentira desde aquí.

—Han sido momentos duros.

—Pero ahora estás casada con un hombre que puede proveerte, a ti y a tu familia. No explica este estado. ¿No te ha dado dinero?

—Sí me lo dio.

—Entonces no te dio el suficiente antes de partir.

Ella se avergonzó.

—Sí lo hizo. Me dio mil libras y me dijo que habría más si me las ganaba.

—No, mi hijo no pudo haber dicho eso. —Él no lo había educado así, al menos.

—Le dije que es complicado.

—Lo veo. Pero esto no explica por qué estás en este estado. Es hora de decirme la verdad por el bien de tu salud.

—Con las mil libras comparamos carne, pescado, chocolate para la pequeña, huevos, leche...

—Las lágrimas comenzaron a derramarse—. Pero no pude comer nada. No quería dejarlas desprovistas de comida, ¿qué pasaría si su hijo me repudiase? Ellas morirían de hambre.

—Entiendo, pero llegaste ayer y veo una bandeja de comida ahí mismo, ¿por qué sigue sin tocar?

—Porque su hijo consideró que soy una mocosa malcriada que merecía un castigo. No me permitió comer y no quise bajar a cenar con él...

—¡Madre de Dios! Es peor de lo que imaginaba. Acabareis matándoos.

—Quiero volver a mi casa, necesito volver a mi casa, por favor, ayúdeme, no quiero permanecer ni un segundo más bajo su techo. Prefiero vivir bajo un puente, pero no puedo soportar esto más. Se lo suplico. Socórrame, por caridad. —Ella comenzó a sollozar mientras se abrazaba al padre de su esposo.

La puerta se abrió. Regi no pudo quedarse más tiempo detrás cuando la oyó llorar. Lo que vio lo dejó sin aliento.

—Ya pasó. Tranquila, pequeña —le decía el hombre mientras le acariciaba el pelo. Consiguió tumbarla de nuevo en la cama. Y se levantó para salir. Tenía pendiente una charla con su hijo.

—No me deje aquí, por amor de Dios.

Ella se incorporó en la cama, alarmada.

—Regresaré, te lo prometo.

Ambos salieron de la estancia.

—Señora Casidy, prepare unas tostadas con jamón, un chocolate caliente, bollitos y lo que se le ocurra. La señora necesita comer.

—Por supuesto, milord.

La mujer fue rauda a cumplir el mandado.

—Ahora, hijo mío, es hora de que hablemos.

Resonó en el oído del abogado el tono de reprimenda que utilizó su padre.

—Tuvieron que ir a buscarte a ti, ¿no había otro médico en Londres? —se quejó cuando llegó a su despacho. Demasiado bien sabía Regi a qué médico buscaría el servicio de su casa.

—Por suerte, fue a mí a quien vinieron a buscar. Otro en mi lugar pensaría que eres un esposo negligente.

—No le he tocado un solo pelo de la cabeza. Ella se cayó y se golpeó. Además, no es así como yo querría tocarla... —No se dio cuenta de que había seguido hablando de un tema delicado...

—Cuando llegó tu cochero con otra doncella me alegré, al fin iba a ser abuelo, porque una recién casada que se desmaya...

—¡Embarazada! Lo tenía que haber supuesto. ¿Cómo fui tan imbécil de caer en el engaño? Me ha colocado al bastardo de otro. Pediré la nulidad o el divorcio.

—Ella no está embarazada.

—Pero has dicho que...

—Lo mejor será que pidas la nulidad, si de verdad no has consumado el matrimonio. —Ambos, marido y mujer, estaban ofuscados y no parecía que fuesen a ceder.

—Lo sabía. Tres años de espera y ella es un fiasco. Ni tú la apruebas.

—Oh, no. Me ha encantado. Es una joven perfecta. De hecho, si tú la dejas libre, yo le ofreceré un lugar como mi condesa.

—Aceptaré seguro. Es lo que más desea. Un título.

—Entonces, estamos de acuerdo. Me la llevaré ahora mismo de esta casa mientras tú tramitas los papeles.

—¿Disculpa? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Eres un magnífico abogado, no creo que te suponga mayor esfuerzo. Te pagaré lo que haga falta. No tengo tu fortuna, pero no me puedo quejar.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Qué te hace pensar que no?

—A ver, padre. Es mi esposa.

—Pero tú has dicho que te vas a divorciar.

—¿No puedes casarte con ella!

—Claro que sí. En cuanto la dejes libre.

—Ella es mía.

—Hijo, no hay quien te entienda, ¿la quieres o no?

—Claro que sí, maldita sea. ¡Llevo tres malditos años esperando mi momento!

—¿Y dejarla morir de hambre te parece un buen síntoma para demostrarle tu amor?

—Le subieron una bandeja de comida ayer. —El padre levantó una ceja—. Está bien, está bien, no cenó y yo no sabía que no había tocado la comida hasta esta mañana. —Le sudaban las manos, prefería que su padre lo reprendiese a vivo grito... Que el médico estuviese calmado implicaba que estaba metido en un buen lío, y no le gustaba la sensación. Le hacía sentir un niño de nuevo.

—Tu esposa hace meses, tal vez años, que no toma una comida decente. Para haber estado persiguiéndola tres años, no has estado demasiado atento a sus necesidades, hijo mío.

—Ella está engañándote. Lo que dices es imposible. —Tenía que serlo. El pecho le comenzó a doler.

—¿Lo es, hijo mío?

—Estás dramatizando.

—Estudiaste junto a mí dos años. Ojos rojos, a la vista.

—Ha llorado.

—Amarillos a la exploración.

—Falta de nutrientes.

—Ojerosa.

—Falta de sueño

—Y lo más importante, ella se ha...

—... Se ha desmayado —terminó él.

—Sí, y puedo adivinar por la expresión de tu cara que no es la primera vez que has visto que le pasa eso.

—Pensé que los desmayos eran una treta para llamar la atención de algún noble.

—No se puede amar a alguien y no confiar en ella.

—¿Sabes cómo me llaman todos, padre? —No esperó a que el hombre contestase porque era una pregunta retórica—. El odioso Kinsley.

—He oído apelativos peores, pudiste haber sido el apestoso Kinsley.

—Fue ella quien me lo puso, el mote.

—He oído decir en los mejores salones de la ciudad estos tres días que al fin la maltrecha fea hija mayor del conde Dorset había conseguido su premio. Todos se extrañan de que al final te rindieses, pues era conocido que ella te perseguía y quería casarse contigo, y que solo tu negativa la mantenía a raya. Extraño que tu hijo cayera en las garras de la fea, malcriada y tonta lady Amberly, me decían a cada paso que daba. Más asombrado me quedé yo al oír la historia, porque justo sé que fue al revés. ¿Qué rumores has estado esparciendo tú sobre esa joven? Porque odioso es lo menos que ella puede decir de ti, hijo mío.

—No me hacía ningún caso. ¡Tuve que hacerlo! —¿Por qué sonaba él como un mocoso malcriado?

Entonces la puerta que se estampó violentamente contra la pared fue la de su despacho.

—¿Qué demonios has estado diciendo sobre mí? —Las Furias a su lado eran unas aprendices. No había querido espiar, había bajado de su habitación para huir de la casa de una vez, pero al oírlos tuvo que quedarse a escuchar.

—Te lo puedo explicar —trató de defenderse él.

—Eso me gustaría verlo —saltó el médico.

—No estás ayudando —le dio una mirada de reprobación a su padre.

—No creo que puedas salir de esta. Lo tienes complicado. —«Me gusta esta muchacha, no me extraña que anduvieses tres años tras ella», pensó James sin decirlo. «Yo lo haría si al final ella te repudía a ti», consideró divertido. Eran tal para cual.

—Tenían que haber ido precisamente a buscarte a ti. —¿Su padre encima estaba riéndose de su desgracia?

—¡Maldito, odioso, apestoso y asqueroso malnacido! —le gritó a su esposo a la cara—. Lo siento, James. —Se giró ahora calmada para hablar con el médico.

—Oh no, lo entiendo, hija mía. Sigue.

—¡Padre!

—Te lo mereces, hijo.

—Dime ahora mismo que no me has calumniado durante tres años porque no quise casarme contigo... Dilo, maldita sea. —Ella quería su sangre derramada. ¡La había calumniado por doquier!

—No quiero mentirte más.

—¡Joder! —Ella ya no era una dama.

—¡Amberly!

—¿En serio vas a regañarme por mi vocabulario?

—No lo haré —recoló. No estaba en posición de enfadarla más.

—Pide la nulidad, el divorcio o lo que te dé la gana. Repúdame públicamente, di que soy una adúltera, una ramera, lo que quieras. Intuyo que después de decir todo lo que Dios sabe que habrás dicho de mí, serás capaz de inventar una mentira convincente que me libere de tu yugo y te

haga quedar como el merecedor de mi desgracia. Me marcho de esta casa para siempre. Viviré debajo un puente y luchando por un trozo de pan con una rata antes que contigo.

Regi cerró los ojos. Había sido un estúpido.

—No lo consentiré. —Respiró aliviado el abogado, su padre al fin iba a defenderlo.

—Gracias, padre. Explícale que es mi esposa y que no tiene escapatoria.

—No consentiré que viva bajo un puente. No sé cuánto ha oído de la conversación, pero mi petición es honrada.

—Con gusto aceptaré ser su esposa en cuanto este mentecato me libere. ¡Al parecer siempre quise ser condesa!

—¿Se lo has dicho? —Su padre no solo le había pedido delante de él a ella, a su esposa, que se casase con él, ¿también le había contado que era un conde?

—Claro que sí, supuse que el problema era que ella quería un título y ya te habías casado con ella. Era una tontería que ambos sufrieseis por ello —dijo como si fuese lo más normal del mundo.

—Es que ahora ella sí se casará contigo. Es lo que siempre ha querido, ¡un maldito título!

—¡Eres un tarugo, que no se entera de nada! —comenzó ella a gritar de nuevo—. Me importa una mierda el título, yo no te soportaba porque siempre estabas menospreciándome y criticándome.

—Eso no es cierto.

—Pero si me conociste y dijiste que mi pelo parecía un nido de pájaros...

—Soy torpe.

—Luego dijiste que mis ojos estaban muy juntos, eran pequeños y el color era demasiado oscuro.

—No sé flirtear.

—Mis vestidos parecían siempre sucios.

—No quería que nadie te mirase.

—Dijiste un sin fin más de groserías que no puedo recordar para acabar declarándote por segunda vez, aludiendo a que no tendría más remedio que aceptarte tarde o temprano si no quería pelear por un trozo de pan con una rata.

—¡Estaba desesperado!

—Con mi padre aún de cuerpo presente, de esto hace tres días, James —ella quería darle más datos a su padre para que este la comprendiese mejor—, se presentó en el cementerio y me dijo dónde podría encontrarle, en la posada me dijo, si no quería acabar bajo un puente y que la oferta no duraría eternamente.

—¡No! ¡Dime, Regi, no que no hiciste eso!

—Oh sí, James, él lo hizo.

—Estaba muy desesperado ya, lo admito. —Se estaba dando cuenta de todos sus errores al ver la cara de lamento de su padre y la ira de ella.

—Y luego, cuando me hizo meterme en su habitación, en la posada, donde me exigió que yo le pidiese matrimonio, tuvo la cara dura de decirme que lo pensaría. No sin antes darse un atracón y besarme a conciencia. —«Y dejarme desde entonces con ganas de más». Pero eso último no lo iba a reconocer.

—Llevaba tres años detrás de tus faldas. Ni me mirabas. ¡Me permití un momento de revancha! Yo estaba dispuesto a suplicar de rodillas, pero tú llegaste y me lo pusiste fácil.

—Llegué a tu casa como exigiste al segundo día —Amberly no había terminado el relato aún—, pese a que mi madre no había salido de su habitación y su estado de salud me preocupaba, y mis hermanas menores me necesitaban. Llegué según tus órdenes con mi tercer mejor vestido. Me lavé en el río donde el agua estaba helada para llegar decente. ¡No gastamos jabón desde hace años! Entré con un niño pequeño que me había pedido comida en la puerta de tu casa y me humillaste delante de toda esa maldita gente de la alta sociedad —las lágrimas ya corrían libres—, ellos dijeron que los vagabundos se habían colado en tu casa y no me defendiste. No te atrevas a decir que yo quería un título, cuando no eres mejor que yo. No defendiste a tu esposa, a la pobre de tu esposa que llevaba dos días sin probar bocado para no dejar a su familia sin provisiones, porque las malditas mil libras que me diste tienen que durarles hasta que decidas darme más dinero. Así que sí, Regi, no te hacía caso por una buena razón, eras insoportable, mi padre se estaba muriendo y la comodidad y el porvenir de mi familia estaban en mis manos y supe que vivir a tu lado sería un infierno. Pero al parecer tú te habías ocupado de que fueses el único al que pudiese recurrir gracias a tus mentiras y rumores sobre mí.

—Soy un egoísta. —Se sentía el peor hombre del mundo.

—Eso sin contar que pensaste que te iba a colocar un bastardo.

—Merezco la horca. —Él se levantó para abrazarla—. Lo siento.

—¡No te atrevas a poner un solo dedo sobre mí!

La soltó como si quemase.

—Perdóname.

—¡Si tú consigues perdonarte a ti mismo, yo lo haré encantada!

Se dio la vuelta para salir definitivamente de esa cárcel. Él trató de seguirla. Su padre lo detuvo.

—No puedo dejarla en ese estado. Está alterada y podría volver a desmayarse.

—Yo me haré cargo.

—¡Padre! —lo miró con súplica.

—Lo sé, hijo mío.

—La amo.

—También lo sé, pero debes dejarla tranquila un tiempo.

—No puedo perderla.

—Está furiosa con razón.

—No puedo perderla. —Los ojos comenzaron a ponerse vidriosos.

—Sé paciente.

—Si dejas que se marche, la perderé.

—Si la retienes, la perderás. Confía en mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Necesita a su familia.

—Yo soy su familia.

—No, hijo. Ahora mismo tú eres el enemigo.

—Padre, no puedo perderla.

—Confía en mí. No te queda otra.

—Lo haré. Pero no lo digas.

—No diré que estoy decepcionado.

—Lo has dicho.

—Tenía que hacerlo.

—Yo también lo estoy conmigo mismo —dijo cuando su padre hubo salido de la estancia en busca de Amberly.

Reginald se sentía el peor ser humano del mundo. Había humillado al amor de su vida y solo él había sido el responsable del rechazo de ella.

## Capítulo 5

### HOGAR, DULCE HOGAR

No sabía a dónde se dirigía. Las lágrimas le impedían ver nada, pero no podía quedarse por más tiempo. No tenía idea de cómo conseguiría regresar a la finca, pero llevaba las perlas y con eso tendría que bastar.

Era hora de vender lo último de valor que era realmente de ella. Notó unas manos agarrarla y se giró para darle un bofetón. James le agarró la mano justo a tiempo.

—Lo siento, pensé que era...

—Vamos, pequeña, mi carruaje está aquí mismo.

—No voy a casarme con usted.

—No lo harás porque ya estás casada con mi hijo.

—Aunque pida la nulidad o me repudie, no lo haré.

—¡Oh, tesoro! Yo nunca podría arrebatarte el amor de su vida a mi pequeño. Es mi único hijo.

—No soy el amor de su vida.

—Lo eres, cielo, he tenido que verlo estos tres años amarte, enfadarse y armar un plan para conseguirte.

Los dos subieron al carruaje. El médico dio dos golpes al techo. La marcha se inició.

—Entonces, tiene una forma curiosa de demostrar su amor. Me pregunto qué hará cuando sea merecedora de su ira —ironizó.

—No te levantaría una mano jamás.

—Me odia, ¿lo ve?

—Te ama, Amberly, pero es un tonto. Al pobre le ha salido todo mal. Desde pequeño fue una mente brillante, pero las relaciones con las personas no son su fuerte. Se bloquea y dice lo primero que le viene a la mente.

—Con los invitados de ayer se mostró muy atento. Incluso cuando permitió a dos mujeres besarlo a la vista de todo el mundo.

—¿Será posible?

—¿Qué?

—¡Estás celosa!

—No lo estoy, solo es que él es un hombre casado y estaba dejándose dar besos en público.

—Lo estás. Mi hijo volaría de felicidad si pudiese oírte.

—Su hijo no tiene alas, milord, tiene cuernos y un tridente.

—¿Satanás?

—Lucifer en persona.

—Sé que te ha hecho mucho daño y no pretendo excusarlo.

—No tiene excusa.

—La tiene, y una poderosa.

—No la tiene. —Estaba convencida de lo que decía.

—Te ama.

—No me convence. Todo ha sido una venganza. Es orgulloso y terco y hasta que no me ha doblegado no ha parado.

—Hasta que no te ha hecho su esposa no ha parado.

—Como sea.

—Tú también eres terca y difícil. Me contó cada una de vuestras conversaciones y no has sido amigable que digamos.

—No he sido tan ruin como él. —No lo había sido, ¿verdad?

—Te recuerdo que te has casado con mi hijo por su dinero.

—Si no me gustase no me habría casado con él. —Se tapó la boca. No debió decir eso.

—Alguien como tú no lo haría, no te avergüences nunca por decir la verdad. Veo el amor en ambos, también la obstinación.

—Al principio no me gustaba. Era muy pesado. Me giraba y ahí estaba. Pero cuando no lo tenía cerca... —suspiró—, me di cuenta de que lo echaba de menos. —Era una confesión, sí.

—Lo rechazaste tres veces —tuvo que señalar lo obvio.

—La primera lo rechacé porque era un patoso. Me vendió un acuerdo, creo recordar; la segunda fue una amenaza, y la tercera ya la ha oído, en el funeral de mi padre.

—¿Lo quieres?

—En estos momentos, no. Estoy furiosa con él.

—¿Lo querías cuando te casaste con él?

—Su hijo puede ser muy persuasivo. —No estaba preparada para admitir nada semejante.

—Imagino que ese beso te dejó aturdida. —James había sido joven y seguía siendo un hombre. Ella era bonita. Su hijo se veía desesperado.

—No solo eso. —Se volvió a tapar la boca.

—Te he dicho que es normal que os deseéis. Porque lo deseas como él te desea ti, ¿no?

—Sí. —Ya había confesado todo lo que no debería decir una dama—. Pero eso no quita que lo vaya a perdonar.

—¿No tan fácilmente? —preguntó esperanzado.

—No tan fácilmente —concedió ella.

—Me gustas, pequeña. Eres la mejor esposa que él habría podido encontrar. Tenemos suerte ambos contigo.

Llegaron a casa del médico tras dar un paseo por Londres donde pudieron hablar con tranquilidad. James bajó. Ella no se levantó.

—Quiero regresar a mi casa. Con mi madre y mis hermanas.

—Lo sé. Mi carruaje te llevará y Thomas te acompañará.

—Me gustaría que viniese usted. —Le agradaba el padre más que el hijo.

—No puedo dejar mis obligaciones y, además, mi hijo está aterrado con la idea de perderte.

—Es lo menos que se merece. —Ella quería darle un buen disgusto, como el que él le había dado.

—Lo haré sufrir un día más y luego lo mandaré en tu busca a Dorset Park.

—Se lo voy a poner muy muy difícil. —Amberly lo había pasado muy mal por su causa.

—Soportará lo que le echas. Lleva tres largos y angustiosos años sin dormir por si alguien se casaba contigo. Lo tienes comiendo de la palma de tu mano, pero prométeme que no serás demasiado malvada. Es mi hijo.

—Solo un poco —explicó con una sonrisa mientras hacía el gesto con el dedo pulgar y el índice.

—Te deseo lo mejor, Amberly. Eres una chica encantadora.

—Me gustas, James. Todo sería menos complicado si él fuese como tú.

—Me encantas, tesoro, y te prometo que él es mucho mejor que yo. Es mi mejor versión.

Un lacayo subió al lado del cochero en el carruaje y en pocas horas ella estuvo de regreso en su hogar.

Cuando su hermana Emily la vio entrar por la puerta no se sorprendió.

—Has durado un día entero. ¿Un nuevo reto?

—He venido a ver cómo sigue todo.

—¿No tienes problemas con tu marido? —preguntó la pequeña con una ceja levantada. Demasiado bien conocía a la mayor. Sería capaz de volver loco a un santo y le daba en la nariz que su cuñado era un blando.

—No he dicho eso.

—¡Lo sabía!

—Las sabiondas no caen bien.

—Las gruñonas orgullosas, tampoco.

—¡Oye! Ya basta, ahora, dime, ¿cómo sigue mamá?

—Igual. No se ha levantado de la cama.

—¿Le habéis quitado el láudano? No quiero que se acostumbre.

—Sí, lo hemos sustituido por no sé qué brebaje de la señora Morrison como indicaste.

—Perfecto. Ahora vayamos a verla.

—Está durmiendo.

—¿No ha salido para nada de la estancia de papá?

—No.

—Supongo que es mejor dejar que lo llore y cuando esté preparada ya será ella misma quien regrese al mundo. No tenemos otra. Por cierto, ¿dónde está Tif?

—La veo poco. —No añadió nada más.

—¿George? —Emily asintió—. No puede seguir tan pegada a él, ya no son unos niños y tiene obligaciones. Hablaré con ella.

—No es como si ella pudiese despegarse de él.

—Son buenos amigos, ¿crees que esté enamorada de él?

—Tif se ha...

—¿Amberly? —La mediana de las hermanas había llegado.

—¡Tif! Justo estaba hablando de ti.

Tiffany dio una mirada de reprobación a Emily. Esta agachó la vista.

—No me digas que ya te ha echado. —La hermana de en medio la conocía muy bien.

—No me ha echado nadie.

—¿Seguro?

—Es complicado.

—Contigo y con el señor Kinsley siempre lo es. Más lo será hasta que os deis cuenta de que estáis enamorados el uno del otro. ¿Has visto que ya no lo llamo odioso? —Le ofreció una sonrisa sincera cuando la vio fruncir el ceño.

—Lo puedo ver, pero no hace falta que lo señales, es como si se lo dijese.

—Me alegra que no niegues que estáis enamorados. Creí que iniciarías una batalla dialéctica contra mí.

—¿Por qué era obvio para todos menos para mí?

—Era de manual de coqueteo, solo que tu marido es muy torpe... y tú lo ponías tan nervioso que todo le salía mal.

—¡Si ni siquiera me gustaba cuando lo conocí! —No le pareció nada del otro mundo.

—Pues si yo hubiese estado en tu lugar, le hubiese echado el lazo a la primera oportunidad.

—¡Emily! —la reprendieron las dos a la vez.

—¿Qué? ¡Es un hombre muy guapo! —señaló lo obvio Emily.

—Supongo que tienes razón. No lo pensé al principio, pero sí lo es —señaló orgullosa Amberly.

—¿No pensarás en anular el matrimonio, hermana? —preguntó alarmada Emy.

—Han pasado muchas cosas.

—¿En un día? —Emily se sorprendió de nuevo.

—Sí —tuvo que reconocer, pero no entró en detalles.

—Bien, como sea, ya no hace falta que sigas casada con él porque yo... —comenzó a relatar la mediana.

—Amberly, por favor —dijo una voz masculina desde la puerta.

Las tres hermanas se giraron asombradas ante la interrupción.

—Tu padre me dijo que me iba a dar un día de ventaja.

—Era venir a arrastrarme y suplicar o quedarme en casa rodeado de alcohol... —intentó explicar antes tres mujeres que lo estaban juzgado.

—Entonces comienza —dijo ella seria y con desdén.

—¡Amberly! —la regañó la pequeña de las Davenport.

—¡Lo ha dicho él!, yo solo lo he animado, pero la idea ha partido de él.

—No es como si tú fueses inocente.

—Lo soy; si te lo contara, lo entenderías y me absolverías.

—Hermana —volvió a tomar la palabra Emy—, te casaste con él por su dinero.

—Él lo sabía, de hecho, me animó en más de una ocasión a que aceptara por ese motivo.

—¡Señor Kinsley! —lo regañó a él ahora la pequeña.

—Lo hice. —No podía negarlo porque era verdad.

—De acuerdo. Pero, antes de marcharte, Amberly, dijiste que le sacarías todo el dinero que pudieses y que pedirías la nulidad matrimonial porque no habías consumado el matrimonio.

—¡Emily! —La mayor estaba escandalizada porque su hermana revelase ese secreto.

—Lo hiciste, Amberly. No eres inocente tampoco.

Tiffany la cogió del brazo y la sacó de la estancia. Era hora de que los dos hablasen a solas. Cuando estuvieron ambas apartadas de la pareja, la pequeña preguntó a su hermana mediana:

—¿Y tú, Tif? ¿Cuándo vas a contarle lo tuyo?

—No creo que ahora sea un buen momento.

—Empiezo a pensar que soy la más cuerda de las tres. —Se arrepintió nada más lo dijo porque sabía que tarde o temprano esa afirmación se volvería en contra de ella cuando la descubrieran.

Mientras, las dos personas más cercanas que se unieron en sagrado matrimonio, parecía que al fin iban a poner sus sentimientos sobre la mesa.

—Estaba preocupado por ti. No quería importunarte, solo he venido para asegurarme que has llegado bien.

—Pues ya lo has visto.

Al parecer Amberly sí iba a poner las cosas difíciles. Se lo merecía. Regi suspiró. Era mejor entonar el mea culpa.

—Regresaré a Londres. Cuando hayas tomado una decisión escíbeme e infórmame.

—¿Una decisión?

—Te daré la nulidad, sin resistencia si ese es tu deseo.

De nuevo una punzada en el pecho la atravesó. James tenía que haberla examinado mejor, ¿sería algo grave?

—No voy a ser una paria social.

—¿Qué quieres, Amberly? ¿Qué quieres de mí? Porque siento que no hago nada bien cuando de

ti se trata.

—No, no lo haces.

—Lo sé.

—No, pero yo tampoco lo hago bien cuando se trata de ti. —Se acabaron las revanchas.

Regi levantó la cabeza para observarla. Un rayo de esperanza lo atravesó.

—Lo siento, Amberly.

—Yo también lo siento.

—¿Me darás una oportunidad? Te juro que no soy el mentecato que parezco.

—Eres mi marido.

—¿Es un sí?

—Mereces que te haga sufrir un poco más, sobre todo porque cuando me presenté en la posada para aceptar tu proposición matrimonial, tú me lo hiciste pasar muy mal.

—Lo siento.

—No más disculpas, Regi.

—¡Besaos de una vez! —oyeron a dúo desde la lejanía.

—Mis hermanas pueden ser como una plaga.

—Me gusta tu hermana pequeña.

—Eso es porque la has oído defenderte y decir que eres guapo.

—Sí, la he oído. Y ahora ven aquí, esposa mía, que muero por besarte.

—¡Comportaos! —volvió a gritar el dúo.

—¡Pero si han dicho que nos besemos! —se quejó Amberly.

Regi ya estaba besando a su esposa a conciencia y pensando que iba a explotar si no la hacía suya al momento.

—Te amo, Regi.

—Te amo, Amberly.

—No quiero esperar más —dijo mientras lo apresaba contra sus pechos.

—No puedo esperar más, esposa.

La cogió en volandas y la mayor de las hermanas lo guio hasta su alcoba, donde marido y mujer yacieron al fin juntos para ser uno solo y demostrarse la devoción que sentían.

## Epílogo

### UNA NOTICIA INESPERADA

—¡Ya era hora tortolitos! —dijo la pequeña de las hermanas mientras untaba un bollito con mermelada de arándanos. Era su comida preferida para tomar en el desayuno.

Amberly enrojeció y su esposo sacó pecho. Desde que llegó a la finca, hacía ahora dos días, marido y mujer no habían salido de la habitación de ella para nada. Las bandejas de comida eran depositadas y consumidas con el único fin de poder tener la energía suficiente para hacer lo que allí dentro hacían.

—Emily, has hecho que nuestra hermana se sonroje —la regañó la mediana mientras tomaba unos huevos con jamón—, y ahora es una mujer casada, recién casada.

—Eso me recuerda que tengo que contaros algo, hermanas —comenzó a decir Emily alterada y lista para confesarse.

La amplia puerta del comedor se abrió de par en para dar paso a un hombre corpulento que estaba muy enfadado.

—George, ¡qué alegría verte! —dijo la mayor de las Davenport.

—Amberly, felicidades por tu boda.

Más que la enhorabuena pareció que le daba el pésame. Ella lo obvió.

—Gracias —dijo cuando se separó del abrazo de su amigo.

—¿No vas a presentarnos, esposa? —No era que él fuese celoso, que también, pero no le gustaba ver a otro hombre abrazando a su mujer, no después de lo que le había costado a él llevarla entre sus brazos.

—Por supuesto, Regi. Este es un buen amigo de la familia, George Griffin, vizconde de Lakecity.

—Es un placer —le tendió la mano Regi al recién llegado.

—El placer es mío. Gracias, hermana, por hacer las presentaciones. —El vizconde le sonrió abiertamente a Amberly.

—¿Cómo dices, George? —se giró la mayor de las Davenport para enfrentar a su amigo.

—Somos familia ahora.

Regi, Amberly y el propio George se dieron la vuelta para buscar a las dos muchachas que estaban en la mesa y que habían dejado de masticar.

—¿Me podéis explicar esto, hermanas? —Las miró a ambas, porque no sabía exactamente cuál de las dos había dado el paso definitivo, pero intuía que no era Emily a quien George se refería...

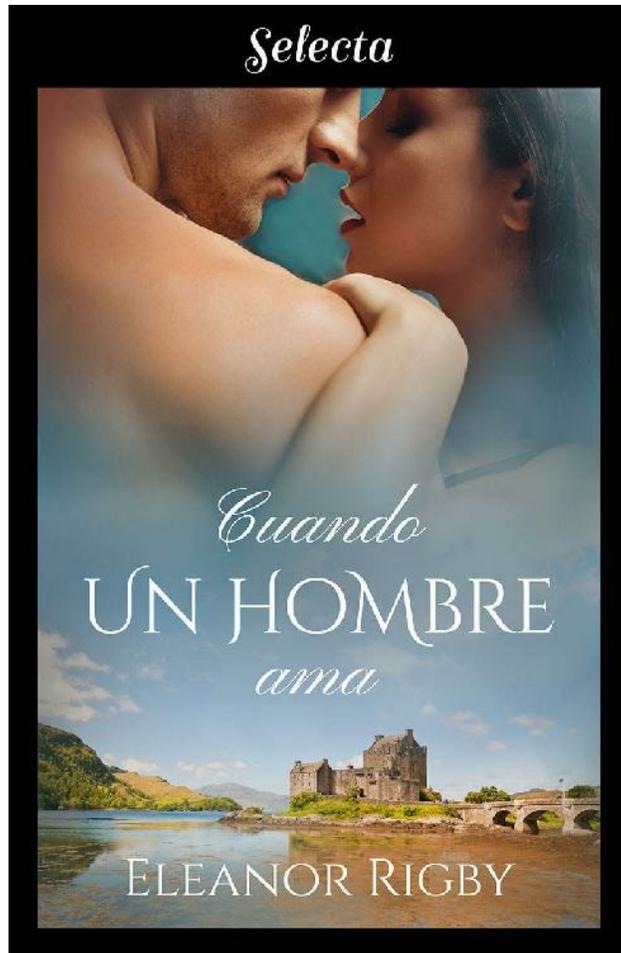
Su intuición quedó confirmada cuando la hermana mediana, Tiffany, se levantó de la mesa y salió corriendo por la ventana del comedor.

El vizconde se asomó por el lugar por donde ella había huido, pero no estuvo rápido y no consiguió alcanzarla.

—Tiffany, no vas a poder huir de mí, ¿me oyes? —tronó George para que ella lo oyese claramente.

CONTINUARÁ.

Si te ha gustado  
*Amberly, la esposa perfecta*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Cuando un hombre ama*  
de *Eleanor Rigby*



*Lochranza, isla de Eilean Arainn.*

*Mayo de 1837.*

La madera de palo santo del escritorio, un magnífico mueble estilo alfonsino perfectamente conservado, no tenía ninguna culpa de las decisiones que se tomaban sin consultar. Y sin embargo, fue ella la que sufrió la brusca colisión del puño cerrado de su reciente propietario.

La sombra de Calder Houston se proyectó con la misma intención intimidatoria que el golpe a la mesa. Sus condiciones de salud no eran las más propicias para levantarse sin usar el bastón, pero de la mano de ese severo ramalazo de ira, habría sido capaz hasta de cruzar a nado el océano.

Según el libro dinástico, los Houston eran hombres de carácter inflamable, y poseían además una marcada tendencia al exabrupto. Pero en este caso, fueron otros factores los que complicaron su heredada vena sensible.

—¿Que has hecho *qué*?

Por el tono que usó al hablar, frío y peligroso, a su interlocutor le habría convenido guardar silencio. Pero el título de amigo, a veces, otorgaba a los más obtusos el derecho a regodearse.

—Te he prometido en matrimonio con Bethia MacDuff.

No era el nombre lo que causaba las molestias. Reconocía el apellido: los MacDuff formaban uno de los clanes escoceses más importantes del reino, pero a Calder no le impresionaba la riqueza, ni la fama, ni ninguna otra virtud de la que él ya dispusiera. En cuanto al «Bethia», no había oído hablar de ninguna en sus treinta años de vida. Al menos podía quedarse tranquilo porque Lachlan no le hubiera arrojado a brazos de una mujer que conociera y despreciase, como amenazó que haría. La cuestión era que lo estaba obligando a hacerlo, porque ni le sonaba su nombre ni pretendía que lo hiciera. Faltaría más.

Calder agarró el documento que había denunciado las intenciones de su amigo: una carta firmada y sellada a *su* nombre, pero que no estaba escrita por él. Lo arrugó entre los dedos y lo arrojó al suelo, furioso.

Por lo visto, Lachlan había pasado las últimas semanas encargándose de su correspondencia. Qué considerado. Tal vez debiera agradecer que le hubiera ahorrado el único maldito trabajo que podía desempeñar sin exponerse al dolor paralizante, haciéndolo sentir más inútil aún. Tal vez tendría que agradecerle, asimismo, que hubiera usado su nombre y su pluma para embaucar tanto a MacDuff como a la muchacha. Tal vez agradeciese también una patada en las vergüenzas. Las tres propuestas tenían su equivalencia.

—Cómo... —empezó, temblando—. Cómo te has atrevido.

—Te lo avisé, Calder. Te avisé de que, si no encontrabas una mujer en abril, yo mismo te la buscaría y detallaría un acuerdo con la familia. Sabes que esto es necesario. Haz esto tan sencillo como debería ser y no te ofusques.

Encima le venía con sugerencias.

Calder se pellizcó el puente de la nariz. De repente sentía unas incontrolables ganas de echarse a reír. Quizá en cualquier otro momento, cuando no hubiera estado rechinando los dientes por el insoportable ardor en la pierna, le habría dado la razón. Efectivamente lo avisó, y Lachlan era un tipo que cumplía sus promesas. Y, por mucho que deseara romperle los dientes, sí que era necesario. Al menos, la parte del matrimonio. La de prometerlo contra su voluntad ya era otra historia.

—Si no me puedo ofuscar por haberme despertado soltero y tener que acostarme casado por obligación, dime qué debería molestarme. Hay una mujer en la puerta de mi casa, convencida de que va a realizarse una ceremonia sagrada en veinticinco minutos. ¿O me has informado mal?

—No, así es. Eso te da diez minutos exactos para prepararte y acudir al jardín. Es de mala crianza hacer esperar a la novia... Y al padre. El *laird* no es un hombre al que le guste que le hagan perder el tiempo.

—El *laird* puede besar mi culo si no ha sabido reconocer una firma falsificada. ¿Cuántas cartas han sido en total? ¿Qué diablos os habéis dicho en ellas?

—Ya sabes. Tratamientos diplomáticos, muchas alabanzas por mi parte... Quiero decir, *tu* parte —corrigió—. Contactó a Carmichael para encargarse de un buen lote de whisky, y la conversación acabó derivando, no sé cómo, en la prisa que tenía por deshacerse de su única hija. Es un buen cliente así que le ofrecí un apañío. A él y a ti.

»No creo que salgas perjudicado con esta unión. Desconozco si es virtuosa, pero nada más que por su linaje, ya vale mucho más del precio por el que la compramos.

Calder desencajó su mandíbula por no desbaratar la de Lachlan. Abordar a un hombre con los delirios del matrimonio, y en términos de gangas, cuando este padecía el indescriptible sufrimiento de una herida letal, merecía el castigo de los demonios del infierno. Hacía solo seis meses desde que había recibido un balazo en la pierna, y únicamente tres desde que podía levantarse de la cama; uno desde que podía bajar las escaleras. Su buen humor no había ido a mejor con los adelantos, sino que se resintió conforme fue asumiendo que su ahora gran defecto permanecería en él hasta que lo enterrasen.

La certeza de que estaría cojo para siempre, unido al dolor y a las causas de su problema físico, se aunaban para constituir la miseria que azotaba su vida. Una a la que no podía hacer frente. Una sin cura.

Estaba hasta las cejas de láudano e iba a encender su pipa de opio para hacerla más llevadera, cuando había encontrado una serie de cartas que no le sonaba haber escrito. En base al contenido, dedujo que Lachlan se concedió unos cuantos derechos. Lo llamó a gritos, lamentando no poder moverse del asiento para ir él mismo a buscarlo. Armado. No importaba con qué. Entonces, Lachlan Hawke apareció y confesó su crimen sin el más mínimo atisbo de vergüenza. Agregando que, para colmo, iba a casar a lady Beth con él *esa misma tarde*.

Lo tenía acorralado, porque ya no lo podía deshacer.

—Pretendías llevarme al altar engañado —dedujo Calder, tratando de mantener la calma. Envió

una mirada al inmenso ventanal que daba a la llanura.

—Pensamos que sería la única forma de conseguir que te casaras.

—¿Cómo que «pensamos»? ¿Quién más hay detrás de todo esto?

—Carmichael y Denna. A Haye se lo dijimos, pero no quiso formar parte de la conspiración.

—Un hombre con dos dedos de frente.

—¿Tú crees? —Ladeó la cabeza. Con el movimiento, dos gruesos mechones rubios ocultaron parcialmente su resuelta mirada—. Él tenía otras ideas para garantizar tu legado. Creía que con meter a una prostituta en tu alcoba, cuando estuvieras demasiado drogado para negarte, sería suficiente.

Calder cerró la mano en un puño. Y aquellos se hacían llamar sus hombres de confianza... Comprendía que Denna, su cuñada, estuviera desesperada porque tuviera un heredero; de eso dependía el bienestar de los Houston. Hasta cierto punto imaginaba que Lachlan también andaba ansioso por finiquitar el asunto. Estaba loco de amor por ella y deseaba garantizar su felicidad. Para Haye y Carmichael era una cuestión de amor, asimismo, estaban enamorados de *Gillander's Whisky*, y harían cualquier cosa para mantener el negocio lejos de las manos inadecuadas. No podrían decir que Calder no fuese comprensivo, porque se apiadaba de ellos y secundaba sus razones. Pero de todos modos esperaba que ardiesen en el infierno.

¿Quién lo entendía a él? Nadie. Nadie entendía por qué sus reticencias hacia el matrimonio sobrepasaban la obsesión, y quizá fuera porque no se molestó en expresarlas, pero pensaba que no hacía falta: sus amistades eran lo bastante avispadas para advertirlo de un solo examen a su físico.

Calder agarró el bastón, con la palma húmeda de sudor, y se dirigió al ventanal. Necesitaba relajar los ánimos, empaparse del optimismo que manaba de Lachlan. Era sencillo estar tan cómodo, repantigado en un sillón, cuando no era él quien debía jugar a ser el marido.

—Di algo —pidió con voz suave—. Tus silencios me aterran.

—Guardo silencio para no hacer contigo algo más aterrador aún.

—Calder, por el amor de Dios. Sabes que este momento tenía que llegar. No puedes permitirte la soltería. ¿He de recordarte que todo cuanto conoces y quieres estará peligrando mientras no sientes la cabeza?

No, no era necesario que se lo recordara. Lo tenía muy presente. Era el único motivo por el que había descartado el estrangulamiento. Aunque no del todo.

—Tenía derecho a elegir a la que fuera mi mujer, Lachlan.

—Por supuesto que sí. Pero no estás en condiciones de viajar, y en esta isla no hay ninguna mujer que merezca la pena. Además de que, con ese humor que tienes, no habrías conquistado a ninguna. Confiesa: no pensabas salir de aquí en busca de la adecuada.

—Como bien has anotado, no estoy en condiciones de salir a buscar nada —apostilló, arrojando contra él una mirada rencorosa. Lachlan presionó los labios. Viendo que pretendía disculparse, añadió—: Todavía tendrás las agallas de decir que me has hecho un favor.

—No, yo no. Esperaré a que me lo digas tú. Tal vez hoy no, pero algún día, espero que no muy

lejano, me darás las gracias por haber sido un animal rastrero.

—Quizá cuando Lucifer empuñe su látigo siendo yo su víctima, y me obligue a decirlo para salvar mi pobre alma inmortal.

—Eres un auténtico dramático, Calder. Y no te culpo. Aún no hace ni siete meses desde que ocurrió aquello. Todos andamos desquiciados, de una forma u otra. Denna no puede dormir, Carmichael siempre revisa sus espaldas cuando entra a la destilería, y hay veces en las que a mí me parece verlo a través del cristal.

Calder no respondió. Él sufría esos síntomas de estrés. Los tres. Juntos. Había pasado meses en cama y, paradójicamente, no concilió el sueño más de dos horas seguidas. Se le olvidó cómo se dormía por culpa de la paranoia. No soportaba estar a solas en la habitación, porque el crujido de los muebles, el chasquido de la puerta, el abrazo entre los postigos de las ventanas y el viento, el vaivén de las cortinas... Todo eso le aceleraba el pulso de puro pavor. Sentía que él le estaba acechando en cada movimiento. En cada sonido. Cerraba los ojos y escuchaba su respiración muy cerca del cuello. Él ponía voz a sus pensamientos. Tenía su risa grabada a fuego, y era culpable de sus vellos como escarpías.

Pero un matrimonio no iba a resolver eso. No iba a solucionar nada, en general. Calder lo sabía y estuvo meses tratando de defender su punto de vista. Nadie lo escuchó. Sus socios estaban tan obcecados en encontrar una salida que no pensaban con claridad. Y la verdad era que él tampoco, pasando drogado la mayor parte del tiempo, pero había demostrado tener más seso que los otros tres juntos. Una mujer únicamente significaría problemas y mala reputación, y eso solo para Calder. Si llegaban a cumplirse los peores pronósticos, ella sufriría tragedias peores.

—No creo que vaya a resultar.

—Es posible que salga mal —concedió Lachlan—. Pero es la única alternativa. El testamento dice que será el primero que tenga un hijo. La mejor manera de intentarlo, de tener una posibilidad contra tu hermano, es engendrándolo... Y haciendo que sea legítimo.

Con esa última oración aclaraba que no era suficiente con el bastardo de una ramera: cualquiera podría deslegitimar al crío.

Calder se pasó una mano por la cara y la dejó caer, muerta, contra la cadera. La empuñadura del bastón estaba empapada por la alta tensión, y sentía que iba a desmayarse de un momento a otro. Para colmo, tenía que darle la razón a Lachlan: eso casi era lo que más le dolía del asunto.

Inspiró hondo.

—¿Cómo es ella? —inquirió en tono adusto, aún negándose a ceder. Lachlan no debió captar la intención de su pregunta, porque sonrió aliviado.

—Dios santo, no sabes cuánto celebro que lo estés pensando. No es como si se pudiera deshacer, de todos modos...

—Eso no responde a mi pregunta.

—No lo sé, Calder. No la he conocido en persona. Pero yo en tu lugar no me preocuparía por eso. No tendrás que volver a tocarla después del primer hijo, si es muy desagradable a la vista.

Sus recelos no venían del aspecto físico de la muchacha, pero se reservó la corrección. No dudaba que se trataría de un engendro, si su padre estaba tan desesperado por entregarla y, aun siendo una MacDuff, había ido a parar a los brazos del cojo y enfermo propietario de Gillander's Whisky. Ni siquiera vivía en la gran Escocia, sino en Eilean Arainn —«Escocia en miniatura»—. En base a eso ya podía construir una apariencia aterradora. O quizá un escándalo familiar hubiera manchado su reputación. O, tal vez, su progenitor la detestara más de lo imaginable.

Dios santo, ¿en qué estaba pensando? ¿Acaso iba a bajar las escaleras y a conocer a la mujer en cuestión? Haye debió haber cruzado la raya con la dosis de láudano.

—Me alegra que solo vayas a obligarme a tomarla como esposa; no sé qué habría hecho si me hubieras forzado también a dormir a su lado durante el resto de mi vida.

—¿Es eso una forma de decirme que seguiremos adelante con el enlace?

—¿Acaso me has dejado elección? Te has presentado en mi despacho anunciando que ella se estaba acicalando mientras yo dormía —le espetó—. Encima la has acomodado en el ala de invitados sin avisarme. Podría habérmela cruzado en el pasillo, y entonces, ¿qué habría hecho?

—Darle las buenas tardes y presentarte.

—Eso denota lo poco que me conoces. Te aseguro que habría ido directo a estrangularte. Y hubiera sido muy contundente: he adquirido una gran destreza con las manos estos últimos meses, ahora que no puedo usar las piernas.

—Vuelves a ponerte apocalíptico, Calder. No hables como si fueras un tullido. —Y sonó más a amenaza que a recomendación—. Ven, vayamos a prepararte para la ceremonia. Mientras te adecentas, te contaré los detalles epistolares y el acuerdo al que habéis llegado el *laird* y tú.

—Nada de detalles. Si no es urgente, no quiero saber nada de eso hasta mañana por la mañana. Pero no me negaré a que me vuelvas a explicar cómo es posible que todos os hayáis compinchado para meter a una extraña en mi casa. ¿Cuánto lleva aquí? ¿Quién la ha recibido? —Hizo una pausa y añadió, en tono dudoso—: ¿Está al tanto de mis dificultades?

Lachlan esbozó una sonrisa comprensiva que hizo que se temiera lo peor. Estaba tan fuera de sí aún, que apenas se dio cuenta de que ignoraba la pregunta más importante.

—Denna ha pasado la tarde con ella mientras tú descansabas por los efectos del láudano. Como ha estado preparándola para la ceremonia, no he podido presentarme, pero he escuchado su voz desde la otra habitación. En ese aspecto estamos cubiertos, Houston. Tu mujer tiene una voz muy hermosa.

—Me vendría de perlas si se pudiera engendrar a un crío hablando, pero me temo que eso le irá mucho mejor a los perros y a los caballos que a mí —maldijo. Se quitó de un manotazo la mano que Lachlan puso sobre su hombro—. Puedo ir solo hasta la puerta.

Lachlan alzó los brazos en señal de alto.

—Por supuesto.

Calder hizo un sobreesfuerzo por redirigir sus pasos a la salida. El bastón era tan útil como la medida del matrimonio; como la amistad de Lachlan. No servía para absolutamente nada. Las

únicas dos diferencias entre usarlo y no usarlo eran que, cuando lo hacía, podía arrastrar sus miserables huesos por la casa sin tener que ir apoyándose en las paredes, y que se acostaba por la noche con el brazo hinchado. Todo el mundo coincidía en que no estaba en condiciones de caminar por ninguna parte. Él mismo lo afirmaba para sus adentros. Pero antes muerto que admitirlo en voz alta.

Escortado por la vigorosa figura de Lachlan, que debía cuidar sus pasos por si acaso, accedió a sus aposentos. No era el dormitorio principal, pues este lo ocuparon Denna y su esposo como propietarios del castillo, y después de lo ocurrido, ni la mujer ni él querían poner la mejilla en la almohada del heredero. Calder se autoasignó una pequeña y oscura dependencia al final del pasillo del ala este.

Era una de las habitaciones más frías de la casa. Apenas tenía ventanas, la cama era individual y las cortinas estaban carcomidas por las polillas. Los muebles presentaban un deterioro no solo temporal, sino causal, provocado por unas manos humanas. No era el único lugar de todo el recinto que presentaba el aspecto de una mazmorra, ni en el que parecía haber vivido un loco, lo que no era del todo falso. Cranston Castle necesitaba una rápida y profunda restauración o se vendría abajo con la llegada del próximo invierno. Pero Calder no estaba en condiciones de devolver a aquel lugar sus años de brillantez, y una remodelación sería lo último en lo que pensarían sus socios.

Oyó que Lachlan chasqueaba la lengua.

—Le diré a Shona que traslade el contenido de tu armario a un dormitorio menos sombrío. Dudo que lady Bethia se sienta cómoda en este cuchitril. Incluso dudo que *tú* te sientas cómodo en este cuchitril.

Calder abrió la boca para clarificar que el confort de la muchacha no era uno de sus objetivos. No obstante, pensó en cuánto lamentaría haberse casado con él y cambió de opinión. Lo menos que podía hacer para suavizar el golpe de casarse con un hombre loco, dependiente y tullido era ofrecer todas las comodidades posibles. Que eran bien pocas, porque el resto de los dormitorios habitables no se encontraban en mejor estado.

—Como desees —masculló—. Ya que te has comprometido a tomar decisiones por mí, dejo esa también en tus manos.

Lachlan le lanzó una mirada divertida desde la única ventana. Corrió las cortinas de un movimiento enérgico. El nublado cegador de un día corriente tiñó de grises la estancia.

—No es tan terrible ponerse en manos de otro. Tarde o temprano lo descubrirás... —Cruzó la habitación a paso decidido y señaló una serie de prendas masculinas, que descansaban sobre la gruesa colcha de la cama. Calder no se fijó hasta ese momento—. Ese es tu traje de novio. Denna y yo lo elegimos personalmente para ti. No es lo mejor que podríamos haber encontrado, pero la señora Houston hizo notar, con gran perspicacia, que rajarías en nuestras narices un chaleco de terciopelo si teníamos el atrevimiento de ofrecerlo.

—La señora Houston sabía de lo que estaba hablando. Si eso es todo lo que puedes hacer por

mí, márchate. —Lleno de desprecio hacia sí mismo, añadió, rechinando los dientes—: Y llama a Shona para que me ayude.

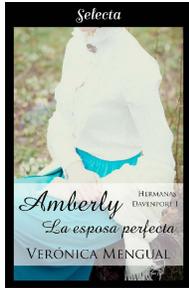
No hubo ni rastro de compasión en los ojos de Lachlan al asentir, pero Calder no se fiaba de ese falso respeto. Sus tres socios eran hombres vigorosos, con una voluntad de hierro, que valoraban el uso de sus manos y a dónde los llevarían sus pasos casi más que ningún poder intelectual. Se figuraba lo que pensarían sobre él, ahora que no solo había demostrado que su pierna era insalvable, sino que también perdía facultades mentales. Su capacidad para razonar se diluía conforme cobraba protagonismo su necesidad por calmar el dolor. Solo las drogas lo ayudaban a gestionarlo y el precio a pagar era pasar horas desconectado de la realidad, algo que no podía permitirse un cabeza de familia. O un *buen* cabeza de familia.

No servía para nada, y aún se atrevía a mosquearse porque alguien quisiera darle la única utilidad que tenía. Debería agradecer que Lachlan le hubiera buscado una mujer, así estaría colaborando para resolver el problema que él provocó, y no lamentándose eternamente porque había perdido todo lo que lo hacía un hombre. Tanto así que necesitaba la ayuda de una doncella para cambiarse de ropa sin que le cayeran lágrimas de dolor por el esfuerzo.

Pensaba en el matrimonio y se seguía estremeciendo, por muy noble que fuese el objetivo que había detrás. Tal y como él comprendía la unión de un hombre y una mujer, su deber sería cuidar de ella, protegerla y hacerla feliz. No podría cumplir ni una sola de sus obligaciones. Apenas podía levantarse sin ayuda, no comía ni lograba conciliar el sueño: así, ¿cómo iba a ser un buen marido? Denna y sus socios no pensaban en ello, no parecían tener esos mínimos principios, o a lo mejor estaban tan preocupados por el futuro que no les importaba sacrificar la vida de una pobre muchacha. Pero a él le daban ganas de vomitar solo de pensar en cómo se sentiría la pobre elegida.

«Matrimonio», repitió para sus adentros. Ya que no le quedaba otro remedio, tendría que planificar una conversación con ella y dejar claras unas cuantas cosas. La primera de todas, que no era tarde para arrepentirse.

## ¿Será capaz de ser feliz con el odioso señor Kinsley?



Hija de un conde sin herederos, lady Amberly Davenport toma la decisión de sacrificarse y entregarse en matrimonio a un rico abogado que lleva tras ella tres años.

Ella no lo soporta y él está empeñado en que sea suya por completo, no sin antes darle un escarmiento.

Atados finalmente el uno al otro, comienzan un matrimonio tortuoso que hará que Amberly huya despavorida.

¿Podrá él cumplir su cometido?

**Verónica Mengual** se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compagina su trabajo como redactora del semanario comarcal Canfali Marina Alta de Dénia desde 2006 con su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante, Jane Austen. Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Verónica Mengual

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-35-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Amberly, la esposa perfecta

Prefacio. Desde el principio

Capítulo 1. Un acuerdo

Capítulo 2. Una boda

Capítulo 3. Señora Kinsley

Capítulo 4. Un nuevo día

Capítulo 5. Hogar, dulce hogar

Epílogo. Una noticia inesperada

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Verónica Mengual

Créditos